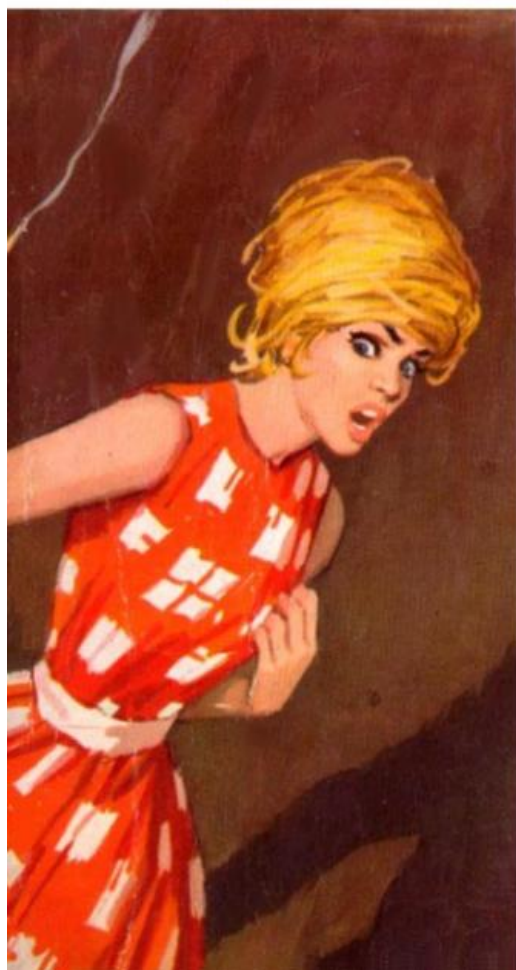




SILVER KANE



Huellas
en la
arena





SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

HUELLAS EN LA ARENA

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 956

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B. 35.236 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre - 1968

© SILVER KANE - 1968
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.084 — Demasiadas mujeres para Nick.

En Colección SERVICIO SECRETO:

941 — Crimen en el profundo Sur.

En Colección SALVAJE TEXAS:

655 — Federal y mujeriego.

En Colección KANSAS:

542 — En pos de la muerte.

En Colección BUFALO:

786 — El vengador de Nebraska.

En Colección ASES DEL OESTE:

402 — La horca de los demonios.

En Colección BRAVO OESTE:

401 — Los hermanos Custer.

En Colección COLORADO:

554 — El último deseo de Johnny Burns.

En Colección CALIFORNIA:

635 — Yo apuesto por el cadáver.

En Colección PUNTO ROJO:

337 — La hija del vampiro.

En Colección ENVIADO SECRETO:

51 — Los hombres del más allá.

CAPITULO I

La clínica del doctor Fabre está situada en uno de los pocos sectores tranquilos de París, en los confines del Bosque de Bolonia. Por sus inmediaciones solo pasan elegantes jinetes que practican equitación, parejas de enamorados y algún gendarme que fuma su pitillo a escondidas, en horas de servicio. El ruido del enorme tráfico de coches que van hacia la Porte Dauphine o hacia la Porte Maillot se oye como en sordina, en la distancia. Ese ruido solo aumenta, a causa de los nerviosos apretones de claxon, cuando hay una carrera importante en el hipódromo de Longchamps o cuando se juega algún partido de fútbol de gran trascendencia en el Parque de los Príncipes.

Naturalmente, la clínica del doctor Fabre es cara. No todos los pacientes que lo desearían pueden quedarse en ella.

Su ambiente, no hay que decirlo, resulta plácido. Está rodeada de un extenso y bien cuidado jardín. Los pacientes leen en los bancos de piedra o se dedican a pequeños juegos entre ellos, como los naipes y la petanca. Las enfermeras son diligentes y siempre sonríen, sobre todo cuando cobran. Diríase que allí todo el mundo es feliz.

Por eso llamó más la atención, aquella noche, el grito desgarrador, el grito ululante que rasgaba las sombras:

—¡No! ¡No se acerque a mí! ¡No me toque! ¡Nooooo!...

* * *

El propio doctor Fabre, quien raramente se ocupaba de aquellas cosas secundarias, tenía la jeringuilla en la mano. A través de sus gafas de gruesos cristales, contempló a su paciente con una expresión mitad de admiración mitad de fastidio.

—Tranquilícese, Madeleine... No pretendo pacerle ningún daño. Sólo quiero que se calme... Que descanse... Que descanse... Sólo pretendo que sea feliz...

La mujer no iba vestida como las otras internadas en la clínica, con un pijama y con una bata. Esta iba vestida casi con elegancia, como si fuera a salir a la calle. Y era bonita, la muy zorra. Demasiado bonita. Se le podía perdonar su histerismo se le podían perdonar sus crisis, solo por lo hermosa que era.

Medio tendida en el diván, solo se preocupaba de taparse la cara. No le

importaba la posición de su falda. No pensaba, ni por un momento, que tenía las piernas más bonitas de aquel sector de París, lo cual ya es decir bastante. Y que las estaba enseñando hasta extremos que hubieran hecho dar un brinco a un moribundo.

Fabre contempló, unos momentos, con cierto secreto deleite, aquel espectáculo.

Pero no tenía tiempo que perder. Hasta las, histéricas más bonitas acababan siendo solo eso: unas fastidiosas histéricas. De modo que miró a la enfermera que estaba tras él.

Aquella furcia, caso de ser hombre, hubiera podido convertirse fácilmente en campeón de peso pesado. Y la verdad era que para ser hombre poco le faltaba. En las comisuras de sus labios había un incipiente bigote, y por debajo de la cofia asomaba el principio de una sólida barba. Pese a esos defectos, resultaba útil. Podía hacer callar a toda una nave de enfermas, en menos de dos minutos.

El doctor Fabre musitó:

—Sujétela.

Madeleine fue objeto de una verdadera llave de judo. Resultó inútil que pateara y que, gritara, alzando las piernas hasta el techo. El doctor Fabre le introdujo la aguja hipodérmica, en el primer punto sólidamente carnoso que tuvo a tiro, en el muslo, un poco por encima de donde terminaba la media. La inyección fue muy poco académica, pero al menos; fue rápida. La enferma empezó a amansarse casi inmediatamente.

El médico ordenó a la enfermera:

—Desnúdela. Y métala en cama enseguida.

—Bien, doctor.

Madeleine era solo como una dócil muñeca, en manos de la membruda mujer. Los ojos se le cerraban y la cabeza le caía a un lado continuamente. Otra enfermera más joven ayudó a la primera. Volaron la blusa, la falda, la combinación, las bonitas medias grises. Fabre volvía a mirar todo aquello con complacencia, con una especie de secreto placer. Cuando Madeleine pudo, al fin, ser introducida en el lecho y cerrar los ojos, tranquila, terminó el espectáculo.

El doctor Fabre salió.

En el largo pasillo, por cuyas ventanas ya solo penetraba la luz de la noche, encendió un cigarrillo y aguardó a las dos enfermeras.

La más joven fue la que primero salió. Se secó unas gotitas de sudor que cubrían su frente.

—¿Hay alguna orden especial, doctor?

—Sí. Sólo una, pero importante. No pierdan de vista a esa mujer. Vigílenla y vigilen sobre todo los objetos que tiene en su cuarto de baño. Temo que quiera suicidarse.

—Pero, ¿por qué? No tiene sentido. Es tan bonita y tan... tan joven...

El director de la clínica miró a la enfermera. En sus pupilas brilló como una chispita de desprecio.

—Usted lleva poco tiempo aquí —dijo—. Cuando tenga más experiencia sabrá esto: Si el suicidio tuviera lógica, solo se quitarían la vida una cierta clase de personas a las que todo les ha sido negado. Pero no ocurre así. A veces se suicidan, en un momento de depresión, los imbéciles que tendrían más motivos para ser felices. No olvide lo que le he dicho: vigile a esa mujer, sin descanso. No la deje hasta que termine su turno.

—Bien, doctor...

De pronto, antes de que su jefe se alejara, preguntó impulsivamente:

—Pero, ¿qué es lo que le produjo la crisis? ¿Por qué ha perdido la razón?

—Quizá usted la hubiera perdido también —dijo el doctor Fabre, sin volverse—. La muerte de su único hijo y la desaparición de su marido la volvieron completamente loca. Lo peor es que solo tiene veintitrés años...

La enfermera aún no estaba endurecida porque llevaba solo un mes allí. Dijo en un susurro:

—No imaginaba que le hubiera ocurrido eso. Es siniestro...

—Lo peor es que, aunque se cure, quedará en una situación moral lamentable. Nadie vendrá a recogerla nunca. Ya no tiene parientes en este mundo.

—¿Nadie?

—Nadie absolutamente...

Eso era lo que pensaba el doctor Fabre, y esos eran los datos que habían llegado hasta él. Pero ignoraba que en aquel momento alguien, que acababa de dejar en la playa de estacionamiento su lujoso «DS-21», se acercaba pausadamente a la clínica.

Era un hombre de unos treinta años, moreno, con un fino bigotito recortado. Vestía elegantemente. Tenía en sus gestos la seguridad del que siempre ha vivido bien, del que siempre se ha movido en ambientes selectos, y está acostumbrado a causar buena impresión en todas partes.

Penetró en la clínica. La enfermera que estaba de guardia en el vestíbulo no hacía pensar, ni mucho menos, en un sanatorio mental, sino en una casa productora de películas de color subido. Era rubia y tenía los ojos muy pintados. Se sentaba con el desenfado de una auténtica *pin-up girl*.

Sonrió al ver avanzar al visitante.

—¿Qué desea, señor?

—Creo que aquí tienen una enferma llamada Madeleine... Madeleine Leveque. ¿Es así?

—Un momento. Consultaré el registro.

La enfermera lo hizo así, y luego miró de nuevo al hombre.

—Exacto, señor. Madeleine Leveque. Está en la habitación veintiuno. Pero ahora ya ha pasado la hora de visita...

El hombre sonrió suavemente, pero con una nube de tristeza flotando en sus ojos.

—No venía a visitarla. Realmente, lo único que quiero hacer es hablar unos momentos con el doctor Fabre.

—Supongo que podrá recibirle. ¿A quién anuncio?

—Dígale que soy Roland Leveque. Soy el esposo de Madeleine...

* * *

Los gritos y los quejidos se oían más allá de la puerta acolchada. A cada nuevo estruendo, las manos que sostenían los naipes temblaban levemente. Luego, los dos hombres seguían jugando como si tal cosa.

Las pistolas descansaban en las fundas axilares. La habitación estaba llena de humo, y en una de las paredes destacaba el retrato del presidente de la República francesa, con su alta estatura, su prominente nariz, una banda cruzándole el pecho y una mano apoyada delicadamente sobre un libro. En otro lado estaba la frase tan peculiar en casi todas las oficinas públicas: «Liberté, Egalité, Fraternité».

Los golpes sonaban cada vez más fuertes. Los gritos también.

Uno de los hombres mostró las cartas.

—Póquer de ases.

Esta noche no has hecho más que ganar. Tienes la racha...

Un golpe más fuerte que los otros les hizo alzar la cabeza.

—Oye... No matará a ninguno, ¿verdad?

—Tiene que repartir entre tres. No están recibiendo tanto como parece.

El comisario Grenier entró en aquellos momentos. Tenía cara de caballo que no ha comido hierba fresca en seis meses. Dirigió una mirada irónica al retrato del presidente —él siempre había votado por los contrarios—, y luego a la puerta acolchada.

—¿Qué pasa ahí?

Los golpes se hacían cada vez más fuertes. Y los gritos, también.

—Es Jacques. Tiene ahí a tres.

—¿Pandilleros juveniles?

—Ajá.

—¿Qué han hecho?

Uno de los agentes le señaló la confesión que tenía sobre la mesa, y que estaba por firmar.

—Ahí.

Grenier la leyó. Era sencilla y terrible a la vez: ultraje a una menor. Y encima le habían robado el dinero.

—¿No han firmado?

—Firmarán.

—Pero, ¿es cierto todo?...

—Casi se les ha sorprendido con las manos en la masa. La menor aún estaba... bueno, imagínelo.

Grenier chascó los dedos, mientras oía los golpes.

—Lo merecen antes de entregarlos al juez. Un bonito escarmiento... Hay tipos que solo entienden una clase de lenguaje.

Miró a uno de sus hombres.

—Pero dile a Jacques que les atice con un calcetín lleno de arena. No quiero líos, después. No quiero que se noten tanto las señales.

El agente iba a cumplir la orden cuando se abrió la puerta acolchada. Detrás no había más que una habitación vacía, de sólidas paredes de cemento. Tres bultos yacían en el suelo, resoplando y jadeando aún. Un hombre de unos veinticinco años salió, bajándose las mangas de la camisa. Jacques Le May, que había sido campeón de Francia de los pesos medios, no estaba en absoluto cansado, después del espectáculo. Se abotonó los puños y miró al comisario.

—Buenas noches, Grenier.

—¿Y esos?

—Firmarán.

—¿Tienen dinero los padres para la responsabilidad civil?

—Sí. Y eso es lo peor. Que esos tres malditos se han educado en buen ambiente. Y han terminado en esto... Pero cuando cada padre tenga que pagar cincuenta mil francos, va a sentir ganas de hundirle las costillas a su retoño. Claro que ellos también son culpables... Son culpables, por haberse pasado la vida mirando la televisión, sin acordarse de que tenían hijos. En fin, creo que ni el más joven de ellos se librará de los siete años de cárcel. Dentro de media hora ya se habrán recuperado un poco, y podrán firmar.

El teléfono sonó. Uno de los agentes lo tomó, mientras soltaba el mazo de naipes.

Es para ti, Jacques —dijo, al cabo de unos instantes—. Tu novia, la millonaria...

Mientras el otro se pegaba el auricular al oído, el agente murmuró en voz baja:

—Cuando te cases con ella, maldito, vas a poder librarte de todo esto...

* * *

En el lujoso despacho del director de la clínica Fabre, este miró al visitante a través de los cristales, de sus gruesas gafas.

Había una serie de detalles que no engañaban, y todos ellos le indicaron al primer golpe de vista que aquel hombre era un auténtico caballero, y que se movía en ese mundo al que solo unos cuantos privilegiados llegan. Le tendió la mano y le invitó a sentarse.

—Gracias a Dios —suspiró—. Gracias a Dios que ha aparecido un familiar de esa pobre mujer. Pero, ¿cómo es posible? ¿No había muerto usted?

Roland sonrió tristemente.

—Es una historia triste, doctor, pero supongo que se habrán producido otras muchas veces. Después del accidente, como fuimos rescatados a muy distintas horas, nos separaron. Mis lesiones eran tan graves que nadie se preocupó de otra cosa que de salvarme la vida. Aquí está una certificación de la clínica en que fui atendido. El tratamiento que se me aplicó le dirá a usted más cosas que todo lo que yo ahora pudiera explicarle.

Depositó un papel sobre la mesa. La certificación estaba extendida en papel impreso de una clínica de Sête, en la Costa Roja. El doctor Fabre le dirigió solamente una mirada superficial, y tuvo bastante. Pero no la retiró de su mesa, para releerla luego con más atención.

El hombre había extraído otro documento. Lo puso igualmente sobre la mesa.

—Aquí está nuestro certificado de matrimonio, junto con mi documento de identidad. Por ellos verá que soy realmente el marido de Madeleine. Me ha costado una eternidad saber que estaba aquí... Se había perdido completamente su pista. De no ser por ello, hubiera venido antes.

Se acarició el botón de luto que asomaba en la solapa de su americana y susurró:

—¿Puedo fumar?

—Claro que sí. Naturalmente.

El visitante introdujo un cigarrillo en el orificio de una larga boquilla de marfil. Mientras lo encendía, el doctor Fabre miró con más atención los documentos.

—Veo que usted estuvo mal —dijo—. Muy mal...

—Creyeron que no me salvaría.

—¿Y ahora? ¿Se encuentra fuerte?

—Usted mismo puede verlo, doctor. Tengo buen aspecto...

—Me refiero a si se encuentra fuerte moralmente. A si cree que puede resistir bien una noticia que no le gustará.

La boquilla de marfil tembló entre los labios del hombre.

—¿Qué clase de noticia? ¿Está Madeleine mal? ¿Corre peligro de morir?

—No, no se trata de eso. Supongo que ya se ha fijado, antes de entrar, en la clase de clínica que es esta.

—Por descontado... Y ya antes de venir, tenía alguna noticia de lo que ocurría.

—¿Alguien se ha molestado en explicarle con detalle lo que le ocurre a su esposa?

Las manos de Roland Leveque temblaron sobre la mesa, mientras

tragaba humo espasmódicamente.

—Me han dicho que... En fin... Me, han explicado, con muy buenas palabras, que tal vez esté loca.

—Sin «tal vez».

—¿Qué... qué quiere decir?

—No se asuste, no es peligroso. Ni existe tampoco riesgo de que se ponga peor, si se la sigue cuidando. Su fenómeno es muy típico de las personas que han sufrido un terrible choque moral. La mente humana se defiende de muchas maneras, y una de esas maneras es la enfermedad.

—No le acabo de entender; doctor.

—Cuando una persona no puede resistir más una determinada situación, un determinado dolor, su mente se quiebra. Es como un cristal... ¡Chask! Y luego el paciente reconstruye los pedazos a su modo. Lo más fácil es que componga un cristal completamente distinto del que antes existía. Que se cree una nueva personalidad para defenderse de la otras con la que tanto sufrió. De ese modo, su mente no recuerda, no padece... A partir de ahí, nosotros podemos empezar a trabajar, pero con muchas precauciones. Su esposa es un caso de los más claros: no recuerda su nombre, no sabe nada de su vida anterior, no reconoce a nadie que estuviera ligado con esa vida. Y, por descontado, no le reconocerá a usted.

Roland se llevó la mano a la frente.

Parecía aturdido, parecía como si no pudiera terminar de hacerse cargo de aquella situación.

—¿No creía que fuera tan grave? —musitó el médico.

—Compréndalo... No me habían dado esos detalles.

—Naturalmente, estamos haciendo lo posible —murmuró Fabre—. Estamos tratando de reconstruir el cristal, pero con mucho cuidado. En cierto modo, nos conviene que de momento no recuerde, porque si se llegara a dar cuenta de la magnitud de su tragedia, podría sentir, por un momento, la tentación del suicidio. Claro que ahora las cosas serán distintas, estando usted. Ahora se dará cuenta de que no lo ha perdido todo.

En los ojos de Leveque brilló una lucecita de esperanza.

—Pero, ¿cómo darme a conocer inmediatamente? ¿No la expongo a un choque demasiado brutal?

—Por supuesto que sí. Habrá que actuar con mucha precaución, a fin de que vaya habituándose.

—¿Qué puedo hacer?

—Supongo que usted conservará su casa.

—Sí... Afortunadamente, hemos estado siempre en buena posición económica. Tenemos piso en París y una casa en Cap Antibes, junto a la playa.

—¿Ella ha vivido temporadas allí?

—Casi todo el año. El clima de la Costa Azul es agradable lo mismo en verano que en invierno. Yo me dedico a negocios de exportación, y en gran parte, podía atenderlos desde allí, por teléfono. Puede decirse que no vivíamos en París más allá de tres meses al año.

—Mejor... —por la mente del médico parecía pasar una idea—. ¿Usted podría llevarla allí, a la finca junto a la playa?

—No habría inconveniente, siempre que usted lo permitiera.

—Lo permito, desde luego. Ya le he dicho que ella no es peligrosa. Su única manifestación de hostilidad es contra nosotros, contra los médicos, porque siempre la estamos pinchando. Compréndalo, hay que tranquilizarla... Pero creo que progresará más con usted que con nosotros, aunque una vez a la semana yo mismo pase personalmente a visitarla. Si la trata con cariño, con comprensión, sus recuerdos irán resurgiendo poco a poco, en aquel ambiente que le es familiar. Claro que no debe hablarle para nada del niño. Deje que sea ella sola la que lo recuerde a su tiempo.

Los ojos de Roland se nublaron.

Con un soplo de voz, murmuró:

—El niño... El pequeño Henry...

—Olvide, por el momento, ese nombre. Ya nada pueden hacer. Todo llegará a su tiempo.

Roland cerró los ojos.

—Comprendo, doctor.

—Ahora es tarde para hacer nada, por supuesto... En la clínica se sigue un horario casi cuartelero. A las ocho se toca retreta, y son las ocho y media. Mañana podrá venir a buscarla. Hacia las diez...

Roland depositó los restos del cigarrillo en el cenicero, tras retirarlos de la boquilla. Luego murmuró, con cierto embarazo:

—Doctor... Queda por resolver la cuestión económica.

—Por ahora no hay problema. Todo ha sido pagado.

—¿Pagado con qué? ¿O por quién?

—En el momento de ser recogida, su esposa llevaba un valioso anillo, con un magnífico diamante. Valía lo suficiente para poder pagarle las atenciones de la mejor clínica del país, y la mía, modestia aparte, es una de las mejores. El juez que levantó el atestado del accidente hizo vender el anillo en pública subasta, y depositó el dinero. Cada semana he ido al juzgado a cobrar, y aún queda una bonita suma que, por supuesto, le pertenece a usted. El juez consideró que, si la pobre Madeleine pudiera elegir, preferiría vender el anillo antes que verse atendida en la beneficencia pública. De modo que tomó la decisión por ella, lo cual también formaba parte de sus atribuciones.

Su visitante suspiró:

—Entonces, no le debo nada...

—Nada, absolutamente. La enferma está al corriente de pago. Los

recibos los tiene el juez.

—En ese caso, volveré mañana. No sabe cuánto se lo agradezco, doctor. Dentro de la desgracia, no esperaba que las cosas marcharan con tanta normalidad. Nos ha hecho usted un gran bien...

Le estrechó la mano y repitió, mientras caminaba hacia la puerta:

—Volveré mañana...

Ahora era un hombre derrotado, hundido. Podía decirse que ahora, del millonario habituado a vivir en los mejores ambientes, no quedaba nada.

CAPITULO II

A la mañana siguiente, hacia las diez, Roland Leveque se presentó de nuevo ante la clínica con su elegante «DS-21», provisto de cambio de marchas automático. Frenó con suavidad y entró en el elegant *hall*. La enfermera de turno no era la misma de la noche anterior, por supuesto, pero resultaba igualmente sugestiva. Debían haberle hablado ya de su visita, porque enseguida le hizo una seña.

—¿Es usted el señor Leveque?

—Sí, yo mismo.

—El doctor Fabre le está esperando. Segundo despacho a la derecha, por favor.

El doctor Fabre le tendió la mano con entusiasmo, sin duda tratando de alentarle. Pero sus ojos preocupados e inquietos desmentían su gesto. Mientras acompañaba a su visitante hacia el ascensor murmuró:

—Le queda por pasar un rato muy desagradable señor Leveque.

—¿Desagradable? ¿En qué sentido?

—Resulta muy probable, casi seguro, que su esposa no le reconozca. Es más, creo que le tratará de una forma hostil. Eso puede significar para usted un rudo golpe.

—Gracias por advertírmelo, pero ya venía preparado para eso. He estado dando vueltas a la situación, toda la noche.

—De un modo u otro, piense, además, en esto: los peores tragos vendrán cuando ustedes estén juntos en la casa de Cap Antibes, junto a la playa.

—¿Peores tragos? ¿Qué quiere decir?...

El médico pulsó un botón del ascensor y murmuró:

—Ella es muy bonita, y, al fin y al cabo, es su mujer. Es muy posible que, viviendo solos, usted sienta la tentación de reanudar las relaciones conyugales. Le prevengo que no debe intentarlo, por ningún concepto. Hasta que se cure, usted será un extraño para ella. Un simple abrazo fuera de tiempo podría echar a rodar nuestro trabajo de todos estos meses.

Roland se mordió el labio inferior, pero no hizo ningún comentario.

Sólo cuando llegaron al piso superior, murmuró:

—También venía preparado para eso. Me hago cargo de que nada volverá a ser como antes.

—Por ahora, no, pero no pierda la esperan.

Llegaron ante la puerta. El doctor Fabre golpeó con los nudillos en la superficie.

—Adelante —dijo una voz límpida.

Los dos hombres entraron. Primero lo hizo el médico, y el cambio que se produjo en la expresión de la enferma, al verle, fue brutal. Estaba tranquila y, de repente, pareció a punto de sufrir un ataque de ira. Cerró los puños, mientras chillaba.

—¿Otra vez aquí? ¡Váyase!...

Roland entró, unos segundos después. Sus ojos se clavaron en la mujer, y los ojos de la mujer se clavaron en los suyos.

Por un momento, Fabre pensó que ella iba a reconocerle. Incluso le pareció notar cómo un chispazo como una premonición, en los ojos femeninos. Pero enseguida, esos ojos se apagaron otra vez. Miró al recién llegado con creciente desconfianza.

—¿Quién es? ¿Otro médico que viene a torturar me? ¿Por qué no lleva bata como los otros? ¿Por qué está aquí?

Fabre suspiró con desaliento.

—Le presento al señor Roland Leveque.

—¿Roland Leveque? ¿Y qué?

El apellido tampoco le había dicho nada.

—No es médico, sino un administrador de fincas. Usted va a pasar una larga temporada de descanso fuera de aquí.

—¿Y para qué necesito un administrador?

—El señor Leveque ha buscado una finca que le gustará. Está junto al mar, en Cap Antibes. Una verdadera joya. Usted se sentirá a gusto allí, sin médicos y sin inyecciones. Será maravilloso. Verá cómo nadie la va a molestar.

Eso de que nadie la iba a molestar produjo en la mujer más efecto que la voz estimulante del médico. Enseguida alzó la cabeza.

—¿De veras? ¿Nadie me pondrá inyecciones nunca más?

Nunca más, si usted procura no enfadarse con nadie.

—¿Y no estaré siempre encerrada en la misma habitación? ¿Podré salir?

El médico asintió.

—Podrá salir cuanto quiera.

—Oh, pues... pues entonces...

—Pues entonces no le queda más trabajo que ir recogiendo sus cosas —dijo el doctor Fabre—. Empiece por sus objetos de higiene, en el cuarto del baño. Saldrá dentro de media hora.

Cuando ella desapareció por la puerta contigua, alegre, por primera vez desde que entró allí, el médico hizo un gesto de desesperanza. Y tampoco era ilusión precisamente lo que se reflejaba en el rostro de Roland Leveque.

—Ya ha visto. No le ha reconocido ni por casualidad... Le esperan momentos difíciles, amigo mío. Y situaciones a las que ignoro si sabrá hacer frente.

El apretó los puños con un gesto de obstinación, mientras murmuraba:

—He pasado por un momento terrible, al ver que me miraba como a un extraño... Pero eso ya está superado. De ahora en adelante, haré lo posible para que me reconozca, para que se vaya acostumbrando a mí. Lo intentaré sin prisas, pero también sin desmayo. Créame, doctor, tenga fe en mí. Yo conseguiré el milagro...

CAPITULO III

Madeleine se dejó acompañar con la mayor indiferencia, con la mayor naturalidad, como si supiera que no pertenecía a nadie, o quizá que pertenecía un poco a todo el mundo. En determinados momentos, daba la sensación de una niña a la que cambian de colegio. Se introdujo en el elegante automóvil, y dejó que aquel hombre, de fino bigotito recortado, que no le recordaba a nadie, condujera a través del indescriptible tránsito de París. Sólo cuando salieron por la autopista, en dirección al sur, aceptó un cigarrillo y murmuró:

—¡Qué ciudad más grande!... ¿Cómo se llama? Era como para desanimar a cualquiera. Roland Leveque le dio fuego, sin contestar.

* * *

Después de haber pernoctado en Niza, en habitaciones separadas, se dirigieron a la mañana siguiente a Antibes, bordeando las playas de la Costa Azul. A causa de estar en el mes de abril, la clientela que había en estas era la invernál, es decir la más refinada. Algunas damas otoñales, acompañadas por hombres sorprendentemente jóvenes, y que parecían arrancados de una revista gimnástica, se dejaban acariciar al sol. Algunos caballeros acompañados por secretarías sorprendentemente bonitas, y que nadie hubiera sabido decir qué clase de correspondencia levaban, tomaban el aperitivo en las terrazas de los elegantes hoteles, mientras los *yachtmen* preparaban sus barcos de placer en las pequeñas ensenadas. Pero todo aquel mundo cosmopolita y variado que desfilaba ante el largo morro del «DS» no parecía decir nada a Madeleine. En todo caso le divertía, pues ella sonreía con frecuencia. Pero no parecía despertar en su espíritu ningún recuerdo.

Él lo intentó. Hizo el primer esfuerzo en serio, desde que salieron de París.

—¿No habías estado nunca aquí, Mad?

Mad era el nombre familiar que se daba a Madeleine en todas partes, pero en la clínica no se lo habían dado. Quizá eso despertara algún eco en su, interior... Pero, no. El intento falló:

—Mad... Nunca me habían llamado así.

—¿De veras?

—De veras. Nunca.

—Es un diminutivo de Madeleine.

—Y me gusta... Sí, es bonito que me llamen Mad. Le agradeceré que

siempre me llame de esa manera.

—Mira todo esto. Repito: ¿no habías estado nunca aquí?

—Nunca... ¿Cómo llaman a estas playas?

—La Costa Azul.

—Ah...

Pareció como si el nombre, conocido en todo el mundo, resbalara por su piel. Como si no lo hubiera oído nunca.

El hombre suspiró con desaliento.

—Me han dicho que antes habías vivido en este lugar —insistió.

—Pues le han engañado.

—¿No recuerdas esa carretera?

—No. ¿Y por qué insiste? Nunca he estado aquí.

El automóvil remontó ágilmente uno de los repechos de la famosa Corniche, y luego descendió por un camino particular hasta una magnífica villa que estaba a muy poca altura sobre la playa. Unos peldaños de piedra artísticamente contruidos llevaban desde la terraza de la casa hasta la arena.

El hombre musitó:

—¿Te gusta esa playa?

—Sí. Es muy hermosa...

—Pues podrás bañarte en ella todos los días. Ahora empieza a hacer buen tiempo... Vivirás en esa casa.

Le señaló la magnífica villa, cuyas puertas enrejadas estaba abriendo ya un lacayo uniformado para que pasara el coche.

El lacayo se inclinó hacia la ventanilla.

—Buenos días, señor Leveque. Bienvenido, señor Leveque.

—Gracias, Jean. ¿Está el resto de la servidumbre?

—Sí Tal como usted ordenó, señor Leveque.

—Diles que quiero verlos. Ah... Y todos están advertidos. No quiero una palabra de más, ¿eh?

El lacayo miró a la hermosa mujer, con una expresión de lástima.

—Comprendido, señor Leveque. Nadie hablará de niños ni de...

—¡Pues tú ya estás hablando demasiado, idiota!

El otro echó la cabeza hacia atrás. Y se sonrojó, mientras murmuraba:

—Perdone, señor Leveque.

El resto de la servidumbre consistía en cinco hombres que ejercían los oficios más variados dentro de la casa, y una doncella pizpireta y con la falda demasiado corta. Ella estaría adscrita al servicio personal de Madeleine.

Esta saludó a todo el mundo con cortesía, pero sin impresionarse en absoluto por detalles que debían haberle sido familiares. Ni siquiera cuando vio su habitación de matrimonio se impresionó.

Todo lo que dijo fue:

—Es muy bonita...

—¿Es que esto no... no te recuerda nada?

—¿Qué me había de recordar?

—Tal vez estuviste aquí... en otro momento.

—¿Por qué habla continuamente de eso? ¿Por qué no hace más que señalarme las cosas y preguntarme si las he visto antes? ¡Yo no he estado jamás aquí!

Su voz había sido nerviosa, casi excitada. Roland se dio cuenta de que, tal vez, para ser el primer día, había ido demasiado lejos.

—Lo siento —murmuró—. A veces, digo tonterías... Perdona, pero algunos detalles, imaginaba que te serían familiares. Tal vez más adelante...

—No sé exactamente qué quiere decir, pero si lo que trata es de hacerme agradable esto, le diré que lo encuentro muy bonito. Y muy acogedor... ¿De quién es esta casa?

—Pues... pues está alquilada. El propietario no importa. Lo único que él pretende es cobrar.

Suspiró con desaliento y murmuró:

—Lo que ahora debes hacer es descansar. Quiero que estés muy tranquila... Muy tranquila...

Le estrechó la mano con fuerza y cerró la puerta poco a poco, sin dejar de mirarla.

Una expresión de dolor, de pesadumbre, había pasado por sus ojos.

Madeleine quedó sola en la habitación.

Sus ojos pasearon por encima de la lujosa chimenea de mármol, por la gran cama de matrimonio en la que iba a descansar sola, por los cuadros de excelentes firmas que representaban paisajes marinos. Casi todos eran de Modigliani, uno de los «pintores malditos», que no en vano había vivido en aquella costa. Vio también el pequeño retrato, encuadrado en plata, que descansaba, con otros objetos, en la repisa de la chimenea.

En aquel retrato estaban reproducidos dos rostros, los dos juntos. Uno de ellos era el del hombre que la había traído hasta allí. El otro, el de un niño rubio que reía a la cámara.

La dedicatoria era sencilla:

«A mi dulce esposa Madeleine, con todo mi cariño».

Y un poco más abajo:

«A mamá, con muchos besos».

Pero ni siquiera la visión directa del rostro del hijo perdido despertó la menor emoción en Madeleine.

Poco a poco, empezó a desnudarse.

Parecía en aquellos momentos una hermosa estatua insensible, sin memoria, sin alma...

CAPITULO IV

—¡Tira! ¡Tira, condenado! ¡Dale de una vez!

El gendarme no se atrevía a manejar su metralleta. Sabía que, si descubrían su escondrijo antes de que hiciera blanco, su posición iba a ser más que vulnerable. Y aquellos condenados tiraban a dar. Ya había un compañero desangrándose sobre las losas...

Jacques rechinó los dientes.

—¡Está bien! ¡Lo haré yo!

Su posición era la más vulnerable de todas, pero avanzó, manejando la «Parabellum». Las balas cosieron materialmente el lugar donde se protegían los dos delincuentes, un portal estrecho, pero en el que resultaba casi imposible que las balas pudieran penetrar. Para lograrlo, tenía que acercarse uno a menos de tres yardas, exponiéndose a un balazo mortal. Y eso era lo que estaba haciendo Jacques.

Un gendarme gritó:

—¡Cuidado!

Le parecía increíble que todo hubiera terminado así, que todo estuviese culminando en aquel maremágnun de violencia.

Los dos atracadores habían asaltado un furgón de Correos que llevaba ocho mil francos solamente! No hubiera sido nada del otro mundo si no hubieran matado a quemarropa a aquel gendarme que intentó darles el alto, sin tocar ni siquiera el arma. A partir de aquel momento, todo se había convertido en una orgía de sangre. Los dos forajidos defendían desesperadamente su vida. Otro gendarme ya estaba herido y se desangraba poco a poco, a cierta distancia sin atreverse a dar un paso y sin que nadie se atreviera tampoco a acudir en su ayuda.

Jacques ya estaba encima de los dos atracadores pero también se exponía a sus balazos. Los tenían delante, y eran una pareja. El agente se estremeció a ser alcanzado por dos balas. Pero él tiró rabiosamente también, mientras se le doblaban las rodillas.

Tiró a dar. Ese era su lema.

Una de las balas atravesó la cabeza del pistolero de la izquierda. Otra, el corazón del de la derecha.

Los dos cayeron casi al mismo tiempo, soltando sus armas. Jacques cayó también.

Fue como una señal.

Gendarmes que habían estado ocultos en todas partes, en los lugares más inverosímiles, aparecieron como por encanto. Todos se inclinaron sobre el herido, y ninguno miró a los muertos. Todos fueron hacia Jacques

como un solo hombre.

El inspector perdía mucha sangre. Sus facciones se iban volviendo por momentos, terriblemente pálidas.

—Lástima... —murmuró, mientras lo levantaban. —Este era mi último servicio... Lástima... Ahora que iba a casarme con una millonaria...

CAPITULO V

Durante cinco días no había ocurrido nada.

Era una vida monótona, casi enervante, que hubiera destrozado a cualquiera que conociese la verdadera situación. ¿Cómo era posible que Mad no reaccionase? ¿Cómo se podía comprender que aquellos ambientes, donde había vivido tantos años, no despertaran en ella el menor recuerdo?

Ella, sin embargo, parecía vivir feliz.

—Nadie la molestaba, nadie venía a inyectarla, a veces, a altas horas de la noche. No se llenaba su habitación, de repente, de hombres vestidos de blanco que la miraban con expresión escrutadora...

Debía ser verdad lo que había dicho el doctor Fabre: que el cristal de la mente se rompía cuando no podía resistir más la tensión. Y que de ese modo podía continuar la vida —aunque en un mundo aparte— de una persona que en caso contrario quizá hubiera terminado matándose.

Madeleine Leveque iba a la playa, dejando que las primeras olas acariciaran su cuerpo escultural. Tenía una figura perfecta, a pesar de haber sido madre a los diecisiete años... Comía poco y escuchaba música, y no hablaba apenas con el hombre que estaba junto a ella. Este no se había atrevido a decir una palabra de más, temiendo que con ello lo echara a rodar todo.

Durante cinco días, pues, no ocurrió nada.

Pero a la quinta noche...

* * *

La luna iluminaba claramente el paisaje, arrancando, además, destellos al enorme espejo que era el mar completamente quieto. En algunos puntos, parecía como si fuera de día. La arena se veía tan claramente como después del amanecer.

Madeleine estaba dormida.

La claridad lunar se derramaba sobre su cuerpo escultural, apenas cubierto por una finísima pieza de nylon.

De pronto, creyó escuchar aquellos pasos leves, rítmicos.

—Craaaas... Craaaas... Craaaas... Craaaas...

Era el ruido que producirían unos pies al hundirse en la arena húmeda.

Unos pies que avanzaban poco a poco, deteniéndose a intervalos. Y pese a lo leve que era aquel ruido, pese a su insignificancia, bastó para que Mad se incorporase, sobresaltada.

Parecía como si aquel sonido hubiera despertado algo que dormía en su inconsciente, algo que descansaba en el fondo de sus recuerdos.

Se incorporó bruscamente en el lecho, mientras musitaba:

—Dios santo... ¿Qué es esto?

Silenciosamente, se acercó a la ventana. Era una ventana correspondiente al ala más avanzada de la casa, la que daba directamente sobre la arena de la playa.

Y lo que vio le hizo llevarse la mano a la boca.

Pero esos pasos... —farfulló—. Pero no —No puede ser! ¡No puede ser!

Su cuerpo se deslizó mansamente a tierra, mientras sus ojos se nublaban.

Lo último que sus labios pudieron decir, antes de perder el conocimiento, fue:

—No puede ser...

* * *

Roland, que descansaba en la habitación contigua, oyó el ruido de la caída. En realidad, estaba despierto, y eso fue lo que le permitió darse cuenta de que algo sucedía al otro lado de la pared. Se puso una bata sobre el pijama, y salió velozmente de la habitación.

Entró, sin preámbulos, en la de Mad. Ella, a pesar de que solo habían transcurrido unos segundos, empezaba ya a recuperarse. El hombre se arrodilló junto a la hermosa figura femenina, y le dio unos cachetitos con la mano izquierda, mientras que con la decha le levantaba la cabeza. Su voz angustiada murmuró:

—Mad... ¿Qué te pasa. Mad?

Ella no reaccionaba del todo. La dejó de nuevo el suelo, fue al mueble bar que había en el pasillo y volvió a entrar llevando un vaso con dos dedos de licor.

Se lo puso en los labios. Ella tragó de una forma mecánica, sin darse cuenta, y luego se puso a toser violentamente.

Tardó mucho en hablar. El hombre le había apretado la cabeza contra el pecho.

—¿Qué te ha sucedido, Mad?

—Nada... No me ha ocurrido nada... Por favor que nadie me haga caso. He oído algo que no existe...

* * *

El día amaneció radiante sobre el paraje de Cap Antibes. Algunos balandros que habían pasado la noche fuera —porque parece que las orgías en alta mar tienen otro sabor— empezaron ya a regresar lentamente. Unos individuos que habían pasado la noche en una timba salieron a tomar el aire fresco y luego regresaron, poco a poco, a sus casas. La vuelta al dormitorio conyugal motivó que más de una figura furtiva saltase por la ventana.

Francia, dicen, siempre será Francia...

Pero en la hermosa villa de Cap Antibes todo era paz. Sólo el viento susurrante rompía el silencio pues hasta el mar estaba tan quieto que no producía el menor rumor. Una tempestad, sin embargo, rugía en el corazón y cerebro de una mujer. Una mujer para la que el pasado empezaba a significar algo concreto, algo que tenía sentido, al fin...

Madeleine se asomó a la ventana.

Sus ojos se clavaron exactamente en el mismo punto en que se habían clavado la noche anterior cuando perdió el sentido. Sus facciones, muy blancas, se fueron tiñendo de color púrpura lentamente.

Sus ojos se desencajaron.

Y se retiró de la ventana, mientras a su mirada asomaba una expresión de incredulidad, casi de horror...

* * *

Roland estaba en la playa, pero en la parte correspondiente a las escaleras, que resultaba casi invisible desde la ventana de Madeleine. El, en cambio, sí la había visto. Se había dado cuenta de su expresión de su gesto de incredulidad, de miedo casi...

Cuando se acercó, poco a poco, al punto de la arena que ella había mirado, procurando que no crujiera bajo sus pies, un solo pensamiento zumbaba en su cráneo:

—Algo la hace recordar... Empieza a ver claro... Es algo que no se atreve a creer, pero que disipa, poco a poco, sus sombras.

Llegó hasta el punto que ella había mirado.

Lo que vio, en realidad, era muy poca cosa: unas huellas en la arena. Unas huellas que pasaban, muy juntas, por la zona donde la noche anterior las olas habían muerto mansamente.

CAPITULO VI

El hombre que se acercaba poco a poco era alto, fuerte, casi hercúleo. Llevaba unos pantalones sencillos de tergal, y una camisa blanca. Se veía que parte de su pecho estaba vendado. No debía poder mover bien el brazo izquierdo.

A pesar de que el aire era fresco, parecía sentir casi calor. Un cigarrillo descansaba negligentemente entre sus labios.

—Buenos días —dijo.

Roland le miró casi con hostilidad.

—Esta es propiedad particular —dijo.

—Yo he venido por la playa.

—Bueno... Preconozco que la playa no es mía... —dijo Roland, lentamente—. La playa es dominio público. Pero no pase de esos arbustos. Ahí empieza el jardín de mi finca.

El hombre expulsó una lenta bocanada de humo.

—Lo siento. No quería molestarle.

—No, no me molesta. —Roland pareció comprender que había sido demasiado brusco—. Es que a veces vienen demasiados curiosos por aquí. Hay que tomar precauciones, de cara al verano, cuando todo esto se llena.

—Yo estaré poco tiempo aquí. Antes de que el verano empiece, ya me habré ido. Pero veo que esta noche no han estado solos.

Y señaló las huellas marcadas en la arena.

—Es usted muy observador.

—Cuestión de oficio.

—¿Quizá es usted policía?

El joven sonrió un momento, sin afirmar ni negar. Arrojó los restos del cigarrillo al agua.

—Podría ser buscador de colillas —dijo—. Lo buscadores de colillas también se fijan muy bien en lo que hay en el suelo. Pero no me he presentado. Me llamo Jacques.

—Yo soy Roland Leveque. Vivo aquí.

—Yo no tengo tanta suerte. Estoy en un hotel de Antibes.

—¿Convaleciente?

Jacques dijo, sin concretar demasiado:

—Ya ve.

—Sí, ya veo. Un accidente.

—Y grave.

Jacques rio, con una risa sana y alegre, mientras decía:

—Tiene usted un crío muy travieso, señor Leveque.

—¿Un crío? ¿Qué quiere decir?

—Supongo que no le habrán dado permiso para que saliera por la noche, hacia las doce.

—¿Cómo sabe que alguien salió hacia las doce y precisamente anoche?

—Porque esas huellas fueron marcadas después de empezar a retirarse la marea, cuando la arena aún estaba muy húmeda. Las aguas empezaron aquí a retroceder un poco antes de medianoche. Y el que caminó por aquí era muy pequeño, a juzgar por el tamaño de sus huellas. Solamente un niño... Hijo sayo, ¿verdad?

Roland murmuró:

—No tengo hijos.

—Pues es extraño.

—¿Por qué ha de serlo?

Roland se iba irritando más y más, y sentía que otra vez se ponía nervioso, pero no quería despedir con cajas destempladas a aquel curioso visitante, que todo lo analizaba y que, al parecer, de todo se daba cuenta.

—No deja de ser curioso que un niño pasee por aquí solo, y a medianoche —dijo Jacques—. Las huellas indican que nadie le acompañaba.

—No es asunto mío. Debe ser el hijo de un pescador. Todavía hay quien vive de la pesca en la Costa Azul, aunque parezca mentira.

Jacques volvió a sonreír. Extrajo un paquete de cigarrillos y ofreció a Roland, que no aceptó.

—La cosa no tiene importancia —dijo—. Un niño por aquí. ¿Y qué?

—Claro, eso es cierto. No tiene ninguna importancia.

Encendió el cigarrillo con movimientos calmoso y se despidió de Roland.

—Perdone que le haya molestado; nunca tuve e intención.

—No se preocupe. Como usted ha dicho antes la playa es libre. Cualquiera puede pasar por aquí.

Jacques hizo un saludo, procurando mover su brazo izquierdo, pero no lo consiguió.

—Buenos días.

Mientras se alejaba, Roland se lo quedó mirando fijamente.

* * *

Poco más tarde, Roland se reunió con Madeleine en la terraza, frente al mar, a la hora del desayuno. La hermosa mujer estaba preocupada. Después de oír los pasos en la arena había logrado conciliar sueño, pero se la veía cansada aún, con los ojos hundidos. Su mirada se perdía en el azul purísimo del mar, que a aquella hora no surcaba ni siquiera una barca.

—¿Estás preocupada, Mad?

Roland le había hecho la pregunta mientras servía una segunda taza de café. Había pedido a la servidumbre que les dejaran solos. No quería que nadie turbara a Mad, no quería que fuese interrumpido el curso de sus recuerdos, si es que estos llegaban.

Ella tenía conciencia de la soledad de los dos. Y musitó:

—No, no es que me ocurra nada. Pero por primera vez en mucho tiempo, recuerdo cosas... Pero son cosas que me hacen daño, que quisiera tener olvidadas para siempre.

Él se inclinó hacia adelante. Sus facciones reflejaron una ansiedad que quería disimular, sin conseguirlo. Con voz ronca, preguntó:

—¿Recuerdos? ¿Qué clase de recuerdos?

La mujer seguía con la mirada perdida en el abismo azul, y con las manos crispadas sobre la mesa, como si una recóndita tortura la fuera devorando poco a poco.

El musitó:

—Por ejemplo... ¿Me recuerdas a mí?

—No, no puedo recordarte a ti —dijo ella, con un soplo de voz—, pero en cambio, me parece como si estuviera viendo...

De repente, algo en su interior se rompió. Hundió la cara entre las manos, mientras gemía espasmódicamente:

—No puede ser... ¡No puede ser!

Roland le sujetó las manos. La obligó a alzar la cabeza. A que le mirase a los ojos.

—Habla —musitó—. Nadie debe temer a sus propios recuerdos. Dime lo que sea. Tal vez yo pueda comprender...

En aquel momento de tensión dramática, la mujer hubo de hacer un esfuerzo terrible para dominar su nervios. Trató de concentrarse y de decir lo que pasaba por su interior. Eso le costó un denodado, un agotador esfuerzo.

Veo a un niño que corre por una playa —musitó con voz muy lejana, que parecía no venir de ella misma—. Es un niño de unos cuatro años. Rubio, alegre, precioso... Lleva una pelota de colores en las manos. Juega con ella y ríe. Ríe constantemente.

Hundió la cabeza de nuevo, como si el esfuerzo la hubiera agotado. Sacar cosas del fondo de nuestra mente, cuando en ella no las vemos con claridad cuesta tanto como transportar pesos por una empinada cuesta. De vez en cuando hay que recobrar el aliento, pararse a descansar. Eso era lo que ocurría a Madeleine. Estaba agotada; le parecía tener el cerebro vacío.

El apremió:

—¿Qué ves más? ¡Habla! ¡Habla!

—Veo... veo un balandro a vela. —Madeleine, a los ojos cerrados, parecía como si rezase—. Estamos navegando en un mar picado, intentando acercarnos a la playa. El tiempo ha cambiado bruscamente

Habíamos salido con un sol magnífico y mar plana. De repente, es distinto. Ahora, las olas nos envuelven por todas partes.

Roland parecía absorber sus palabras. Le mantenía las manos apretadas con fuerza para que ella no se cubriera el rostro. Con voz suave, pero apremiante, le indicó:

—Sigue...

—Me veo a mi misma, tratando de calmar niño, que llora en mis brazos —susurró Madeleine—. Sé que vamos a morir, pero tengo confianza en Dios. Junto a nosotros, un hombre trata desesperadamente de arriar el velamen. Pero es difícil, porque los bruscos golpetazos del aire nos han cogido desprevenidos. Una de las jarcias está rota.

Las manos de Roland temblaron ahora.

—Ese hombre... —murmuró—. Ese hombre que ¡está tratando de dominar la nave... ¿Qué cara tiene? ¿No lo ves en tus recuerdos? ¿A quién se parece?

Ella negó con la cabeza angustiosamente.

—No lo sé. Está vuelto de espaldas a mí. Siempre lo veo vuelto de espaldas. No sé qué cara tiene.

—Pero alguna vez lo habrás visto de frente.

—No... Siempre de espaldas. No lo imagino de otro modo. No sé qué cara tiene. ¡No lo sé! ¡Dios santo!

Estaba a punto de perder otra vez el dominio de sus nervios, de hundirse en el agotamiento. Roland se dio cuenta de que no podía ir demasiado aprisa. Estaba en el buen camino, pero no podía forzarlo. De modo que susurró:

—No te esfuerces más... Sigue recordando lo que te parezca... No sufras por eso.

Ella, en efecto, estuvo unos minutos en silencio.

Unos minutos que se hicieron interminables, agobiantes, hasta que al fin susurró:

—Sigo viendo el fin de aquello. Es algo horrible.

—¿Qué sucedió?

—Lo que estábamos temiendo desde que empezó aquella pesadilla. Un, brusco golpe de mar hizo que el balandro volcara por completo. Todos salimos despedidos. Nos hundimos en las aguas.

—¿El niño también? ¿Y tu marido?

—Sí. El niño también... Algo lo despega de mis brazos. Una fuerza ajena, superior a mí, se lo lleva lejos. De pronto, me parece sentirme otra vez zarandeada por las olas, pero ahora ha desaparecido la sensación de vértigo. Ahora yo misma formo parte de las olas. Creo nadar angustiosamente hacia mi hijo, que se hunde sin remedio... Sólo percibo su mano crispada, su mano que me llama... De repente, dejo de verle. Y quiero morir... ¡Quiero morir! Sé que habré dejado de verle para

siempre...

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se había clavado las uñas en ellas y no se daba cuenta. Todo su rostro era una máscara de dolor. Era el rostro de una mujer que, de pronto, se ve enfrentada otra vez a un horror que parecía lejano, un horror que penetra en su sangre.

—Fue entonces cuando aquella cosa negra empezó a envolverme por completo —balbució—. Cuando toda mi vida fue como una mancha negra... Mis recuerdos mueren en ese momento. Ni siquiera sé si todo eso que te he contado ocurrió o lo he soñado solamente... Luego me vi en aquella sala blanca, rodeada de médicos... Yo me doy cuenta de que mi cerebro no rige bien... No soy tan tonta. Sé que todo el mundo me trata como una loca, y que los medicamentos que me daban eran para eso, para ir borrando poco a poco aquella mancha negra... ¡Pero es imposible! ¡Yo sé que es imposible! ¡Nadie se da cuenta de lo que sufro, de lo que significa esta tortura, de lo que es todo esto!

Mad dejó de hablar. Parecían faltarle las fuerzas hasta para eso. Durante unos minutos, que otra vez se hicieron interminables para Roland (para Mad no, porque para ella él tiempo no tenía sentido, como si no existiera) permanecieron en silencio. Roland quería que ella se recuperase, que fuera resurgiendo poco a poco de las cenizas de su dolor. Ni siquiera se atrevió a rozar una de sus manos.

Ella se fue recuperando. El temblor de sus manos desapareció. Cerró los ojos y así estuvo un tiempo indeterminado, hasta que, al abrirlos, su mirada se hizo más serena.

—Me doy cuenta, Mad —susurró él—. Yo me doy cuenta de todo lo que sufres. Pero ese sufrimiento servirá para algo, ya que con él recobrarás la personalidad que perdiste.

Le sujetó las manos con fuerza y añadió:

—El terrible choque emocional que aquello significó para ti hizo que lo olvidaras casi todo, que ya no recordaras lo sucedido con anterioridad. Pero ¿se te ha ocurrido pensar que quizá, después de todo no murieron tu marido y tu hijo? ¿Se te ha ocurrido pensar que al menos tu marido puede vivir?

La esperanza brilló en los ojos de Roland, mientras aguardaba una respuesta.

Pero lo que dijo ella le dejó completamente desconcertado.

—No, mi marido no vive —susurró Madeleine—. En cambio, tengo la sensación de que vive mi hijo De que él está aquí... ¡Me ha parecido oír esta noche sus pasos en la arena!

Roland hundió la cabeza.

«Eso de los pasos tiene que ser una alucinación —pensó—. Un niño pasó cerca de la casa, pero... ¿y qué? ¡Hay docenas de niños que a cualquier hora pueden pasear por la playa! De todos modos, hay algo

positivo en todo esto. Ella va recordando... ¡Va recordando, poco a poco!

Y decidió no insistir. Ella no podía agotarse porque eso sería peor aún. Volver a hundirla en un «shock» significaría perder todo lo ganado, y seguramente perderlo para siempre.

Le sirvió otra taza de café.

—Toma. Tienes que acostumbrarte a pensar que todo esto, al fin y al cabo, es maravilloso. Que millones de mujeres desearían vivir donde tú estás viviendo ahora. Luego daremos un largo paseo juntos. Juntos por la playa como...

Iba a decir «como en otro tiempo», pero no se atrevió.

Y dijo simplemente:

—Como dos buenos amigos que han vuelto a encontrarse.

CAPITULO VII

También aquella noche había luna. Una luna magnífica, que rielaba en el espejo tranquilo del agua.

La luminosidad era casi tanta como en pleno día. Se distinguían los objetos a gran distancia. El aire era límpido, sin un asomo de bruma.

Madeleine descansaba plácidamente. No había querido tomar ningún somnífero, pero se sentía bien. De todos modos, algo en lo más recóndito de sus nervios vibraba y se negaba a dormir. Había algo que la hacía estar alerta.

Y fue eso lo que la despertó. Aquel sonido leve casi inaudible, pero que impresionó sus nervios porque parecía como si ella lo hubiera estado esperando.

Abrió los ojos de repente, y se enfrentó a la claridad de la ventana.

—Ahora sí que estoy segura —se dijo para sí misma—. Son los mismos pasos. ¡Los mismos pasos!

Sobre su camisita transparente, que ocultaba apenas sus turgentes curvas, se puso una bata ligera y se dispuso a salir.

El silencio envolvía ahora la casa.

Era un silencio total, que parecía poder palparse.

Madeleine se movía como una sombra más. Sus pies descalzos no producían el menor sonido en las baldosas del piso.

Abrió una puerta de servicio, que no produjo el menor chirrido y salió a la terraza.

«Esta vez he de conocer a la persona que anda por la playa».

Saltó ágilmente sobre la arena. Sus pies, al hundirse en ella, produjeron apenas un leve crujido.

Y entonces vio las huellas.

Eran pequeñas y regulares. Se marcaban con mucha claridad en la arena húmeda.

—Las huellas de los pies de un niño... —murmuró—. Van siguiendo por el borde del agua.

Caminó junto a ellas. Sus ojos estaban muy abiertos. Una emoción desconocida, recóndita, alteraba su respiración. Había momentos en que tenía la sensación de estar ahogándose.

—¡Siguen hacia allí! ¡Dan la vuelta a la casa!

Madeline aceleró el paso. Su corazón latía sordamente. Tenía los ojos nublados y apenas se daba cuenta de por dónde avanzaba.

Entonces tropezó con aquel saliente de roca que no había visto. Lanzó un gemido de dolor, mientras caía hacia adelante.

Los brazos de un hombre la recogieron. Los brazos de un hombre que parecían haber surgido de las tinieblas.

* * *

Madeline creía estar viviendo un sueño. Intentó revolverse, pero aquellos brazos la sujetaban con fuerza. Gimió mientras todo parecía dar vueltas en torno suyo.

Sí. Era como un sueño...

La voz sonó junto a ella. Era agradable y suave:

—No se preocupe, solo trato de ayudarla. Cálmese...

Madeline alzó entonces la cabeza y miró al hombre. Resultaba un perfecto desconocido para ella. Los cabellos negros le caían en parte sobre la frente, e iba vestido de una manera muy sencilla. Unos pantalones arrugados, una camisa y nada en los pies. Los escasos pescadores que aún quedaban por aquella zona, cada vez más aristocrática, vestían de aquella manera.

La mujer susurró:

—¿Quién es usted?

—¿No me reconoce?

—No, no le he visto nunca.

—Usted es Madeline Leveque.

—Sí, yo soy Madeline Leveque. Por lo menos, eso dicen y eso consta en mis documentos. Pero no le recuerdo...

—¿Tampoco aquella casa?

Señalaba un humilde edificio pintado de blanco, junto al cual había, varadas en la arena, dos barcas casi gemelas. En el edificio brillaba una luz. Mad lo miró bien, pero eso no le trajo a la memoria ningún recuerdo.

—No he visto nunca aquella casa —murmuró.

—Es extraño. Usted vivió en esta zona. Algunas veces había entrado en mi casa.

—Repito que no lo recuerdo. ¡Y dígame quién es usted! ¡Y suélteme ya!

En realidad, el hombre ya la había soltado. Lo único que hacía era mirarla a corta distancia, con sus ojos negros, penetrantes y duros.

—Bueno, ya que asegura no conocerme, me presentaré —dijo—. Yo soy André. ¿Ese nombre no le dice nada?

—No... Nada.

—Pero, ¿tiene miedo de mí? ¿Es posible?

Ella reaccionó:

—No, no tengo miedo. ¿Por qué había de tenerlo? Usted dice que nos conocemos. Además, mi casa está a muy poca distancia. Si gritara, alguien vendría e ayudarme.

—No trato de hacerle ningún daño.

—Doy por descontado que no. Pero no me toque. ¡Y no me mire de esa manera, como si quisiera adivinar lo que pienso!

André se sentó sobre la arena, a cierta distancia de ella, para disipar su desconfianza.

—Me ha extrañado verla venir por aquí a estas horas —susurró.

—¿Y usted qué hacía? ¿Esperarme?

—Oh, no... Yo no puedo esperar a mujeres tan bonitas como usted. Ni tan bonitas ni tan ricas... Simplemente miro el mar todas las noches y pienso en el tiempo que hará mañana. De repente, usted casi ha caído en mis brazos. Debía ir muy distraída, para tropezar con esa roca que se ve tanto... ¿Le hace daño el pie?

—No; ya no.

—¿En qué pensaba al venir? ¿Por qué caminaba como si soñase?

Ella se llevó las manos a los ojos, como si otra vez sintiera vértigo. Frecuentemente le ocurría esto: todo el mundo la trataba muy bien, pero como ella no reconocía a nadie, desconfiaba una vez y otra.

Dijo con un soplo de voz:

—Miraba esas huellas.

—¿Qué huellas?

—¿No las ve?

—Ah, sí... Están marcadas frente a nosotros. La verdad, no me habían llamado la atención. Hay muchas en la playa.

—Aquí no. Aquí solo hay esas.

—Bueno, ¿y qué?

Madeleine miró al joven pescador con extrañeza.

—¿No ha visto a nadie?

—No, a nadie.

—Pues esas huellas van a...

—... A mi casa —reconoció él, cortando la frase—. Sí, es cierto. Van hacia allí. Pero, ¿por qué no salimos de dudas? ¿Por qué no viene?

Ella miró hacia la casa. Miró hacia la ventana que estaba iluminada.

La luz se apagó y volvió a encenderse.

¡Había alguien más allí!

¡Alguien que tal vez la estaba esperando para...!

Un miedo cervical, irreprímible, le acometió. Sintió un angustioso deseo de huir, porque aquella mancha negra que ella llevaba dentro del cerebro parecía envolverla ahora por completo. Pero nada de eso se transparentó en su rostro. Siguió tranquila, impasible, como si ninguno de aquellos pensamientos hubiera cruzado por ella.

Sacó fuerzas de flaqueza.

—Vamos —dijo—. Sí. ¿Por qué no hemos de ir a esa casa?

Los dos se pusieron en pie. Ella vaciló un momento, pero luego avanzó con firmeza.

La lucecita que brillaba en la casa parecía obsesionarle.

Diríase que las huellas en la arena le señalaban el camino a seguir, que le indicaban una meta.

De pronto, se oyó aquella voz:

—¡Eh! Pero, ¿qué haces aquí, Mad? ¿Qué ha sucedido?

Ella se detuvo. Era la voz de Roland. Le vio llegar corriendo, sin llevar encima más que unos pantalones y una camisa. Parecía muy agitada, asustada casi.

—Mad... Pero, ¿qué pasa?

Ella no contestó. Miraba como obsesionada las huellas en la arena. Y miraba también la casa, donde seguía brillando aquella lucecita.

Los ojos de Roland se clavaron en André.

—¿Quién es usted?

—Vivo ahí.

—De acuerdo. Pero, ¿quién es?

—Me llamo André. Soy propietario de esas dos barcas. Supongo que salir a pescar no es ningún delito.

—No, claro que no... Pero, ¿no se ha dado cuenta de que ella está enferma? Hay algunas cosas aquí que le obsesionan. ¿De qué hablaban?

—Justamente de esas huellas.

—¿Llevan a su casa, no?

—Claro... Cualquiera puede verlo.

Roland le miró con desconfianza.

—¿Y por eso iba a llevarla allí?

—Quería convencerla de que no hay nada de especial en todo esto. Me parecía preocupada, y por eso le he dicho que viniera —musitó André—. Tengo un hijo.

Roland alzó los ojos al cielo. Movié las manos y pareció como si con aquel gesto diera las gracias a todas las potencias celestiales. Suspiró, aliviado.

—¿Te das cuenta, Mad? ¿Comprendes ahora que esas huellas no significan nada? Este hombre tiene un hijo. Es lo más natural, ¿no? Y el pequeño camina por la playa cuando quiere. Ya era hora de que te liberras de esa pesadilla. Ya era hora de que dejases de mirar a la arena.

Volvió la cabeza hacia André.

—Por favor, ¿por qué no borra esas huellas? Es una tontería, lo comprendo, pero... Pero conviene que lo haga.

André se encogió de hombros.

—Como quiera, señor —musitó—. De acuerdo... Las borraré enseguida.

Y los miró fijamente, muy fijamente, mientras los dos avanzaban en dirección a la casa, a unos doscientos metros.

Una sonrisa indescifrable, imposible de explicar, flotaba entre sus labios.

* * *

Cuando entraron en la casa y hubieron cerrado la puerta a su espalda, Roland preguntó, solícito:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, ahora sí. Mucho mejor.

—Parece como si estuvieras desilusionada.

—No, no lo estoy.

—Cualquiera diría que habías llegado a pensar una locura: que esas huellas en la arena eran las tu hijo.

Ella no contesto. Una multitud de pensamientos pasaba por su cráneo, y todos eran discordantes... era cierto. No podía negar que desde que sus recuerdos se concertaron, había estado pendiente de una sola cosa y una sola ilusión: que las huellas fueran las de su hijo. Pero ahora la frase que acababa de oír la descorazonaba, la hundía. No supo bien qué, pero le pareció una frase infinitamente cruel.

—En cambio —dijo Roland, con amargura—, no has pensado ni por un momento que tu marido podía vivir.

Ella hundió la cabeza sobre el pecho.

—No. Reconozco que estaba obsesionada con lo lo, con... las huellas.

—En fin, no insistiré. ¿Quieres que te prepare algo de beber? ¿Algo que te entone?

—No, no tengo ganas de beber ahora.

—Yo, en cambio, voy a prepararme algo. Creo que lo necesito.

—Si no te importa, subiré a descansar otra vez. —musitó Madeleine—. Me conviene pensar, estar sola...

—No te atormentes demasiado ni des vueltas siempre a las mismas cosas. Todo empieza a aclararse, ya lo ves. ¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Prepárate el combinado y estate tranquilo. No quiero molestar...

Subió poco a poco los peldaños que llevaban al piso superior, donde estaban los dormitorios principales.

Una vez arriba, se dio cuenta de cuál era la sensación que le había acometido al subir por primera vez hasta allí, después de su regreso: era vértigo. Las escaleras resultaban demasiado empinadas, demasiado altas para aprovechar al máximo el espacio del vestíbulo. La misma sensación la acometió ahora. Se llevó una mano a la boca, mientras sus ojos se nublaban un momento.

«Esas escaleras... esas escaleras me dan miedo... Siempre pienso que podría caer por ellas y que... que me mataría... Pero no debo pensar... No debo pensar en nada, en nada...»

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, como si de pronto, se hubiera quedado sin fuerzas y penetró en su dormitorio lentamente.

* * *

Su sueño fue agitado otra vez. Es en los sueños donde la mente se libera y donde, de pronto, ve las cosas con insospechada claridad. Los recuerdos que estaban hundidos en el espíritu de Madeleine fueron aflorando poco a poco a la superficie. Eso no le hubiera ocurrido nunca en la clínica del doctor Fabre, en París, donde ningún objeto le resultaba conocido. Pero aquí todos los objetos parecían traerle algún recuerdo, hacerle alguna insinuación... En sueños, Madeleine vio la casa tal como era ahora. Le pareció que en otro tiempo ella no la miraba con tanta hostilidad, como si no fuera suya. En otro tiempo se sentía íntimamente ligada a ella, a este paisaje y a este mar. Era un tiempo —que le parecía infinitamente lejano— en el que se sentía feliz...

Sus recuerdos le trajeron también la imagen del mismo niño a quién vio llorando en el yate, el mismo que había desaparecido en las aguas. Era rubio, alegre, sano... Veía su cara perfectamente. Le parecía como si en sueños aún oyera su risa.

El hombre que les acompañaba entonces, en la casa, era, sin embargo, algo muy distinto. Se trataba del mismo del yate, desde luego, el que hasta el último momento trató de enderezarle y de luchar contra la tempestad. Pero seguía viéndolo de espaldas.

En su sueño le veía en el jardín posterior de la casa, cuidando de unos macizos de rosales.

«...Y mi marido... Recuerdo que mi marido era muy aficionado a las flores. Siempre tenía la casa llena de ellas. Pero, ¿cómo era su rostro? ¡Dios mío! ¿Cómo era?»

En medio de su agitado sueño, Madeleine vio que aquel hombre se volvía poco a poco. Sintió que todo se cuerpo se arqueaba, que una mano le oprimía el pecho, porque ahora sí que iba a ver su rostro. Pero cuando el hombre se volvió del todo, Madeleine estuvo a punto de lanzar un grito. ¡Porque aquella figura no tenía rostro! ¡Estaba como envuelto en una bruma! ¡O como si sobre él hubiera los vendajes de una momia!

Lanzó un grito y se despertó.

Sentía sus sienes llenas de un sudor helado. El miedo le atenazaba la garganta pero no sabía bien por qué. Vio que alguien estaba inclinado sobre ella.

En el primer momento le pareció que se trataba del extraño hombre sin

rostro, y estuvo a punto de gritar de nuevo, pero esta vez dando rienda suelta a su terror. Sin embargo, las imágenes se concretaron rápidamente. El hombre que estaba inclinado sobre ella, mirándole con atención, tenía rostro; además, le resultaba conocido. Se trataba de Roland.

Estaba vestido como poco antes, y en sus facciones se dibujaba una mueca de sufrimiento.

—Roland, ¿qué haces aquí?

—Me ha parecido oírte gemir, y por eso he subido. Te estabas estremeciendo en la cama... Tenías una pesadilla.

—No sé... si lo era.

—¿No era una pesadilla? Pues por tu expresión angustiada no parecías divertirme mucho...

—Ha sido un sueño... más bien consolador. Sí, en ciertos aspectos, me ha tranquilizado.

Roland había traído un vaso y una botella. Vertió unas gotas de licor y se las dio a beber.

—Toma, ¿esto te sentará bien. Ya debías haber bebido algo antes. O incluso tomar algún somnífero. No sé, pero esos sueños, aunque tú digas que este te ha consolado, no te convienen.

Madeleine se sentó en la cama, mientras ordenaba un poco los cabellos que le caían sobre la frente.

—Esta vez... ha sido distinto —susurró—. Un sueño inquietante, pero consolador a la vez. He recordado lo feliz que fui con mi marido y mi hijo en esta misma casa. Por fin he podido recordar cómo vivíamos antes, cómo reíamos todos... No he podido precisar, de todos modos, el rostro de mi marido. Pero he recordado otros detalles. Por ejemplo, que éramos muy ricos.

Roland sonrió.

Por primera vez aquella noche, asomó a su rostro una expresión de alivio, mientras musitaba:

—Lo eres aún... Mejor dicho, lo somos. Eso sí que puedo garantizártelo. No se tiene una finca como esta, en Cap Antibes, por simple casualidad. Tampoco se tiene un yate como el que naufragó frente a la costa. Ni tantos criados... En eso sí que no se han equivocado tus sueños.

Encendió un cigarrillo, y dio un par de vueltas por la habitación. Progresivamente se iba tranquilizando. Parecía casi satisfecho. De repente, se volvió y dijo:

—Por cierto, quería preguntarte una cosa.

—Dime.

—Estaba buscando algo, y de repente, la idea se me ha ido de la cabeza. Pero luego ha vuelto... Es una cosa que no sé si tú podrás recordar. Ella le miró fijamente.

Trataba de admitir la idea de que aquel hombre era su marido. Y la

idea penetraba en ella, pero de una forma puramente intelectual. No entraba como un sentimiento. Aquel rostro no le recordaba nada y no le producía ninguna emoción. Claro que tampoco le producía miedo, y ese era el mejor síntoma. Sí... Tendría que ir acostumbrándose a la idea, cuando sus pensamientos se aclararan. Aquel hombre era su marido.

Pero ahora se limitó a decir:

—¿Qué buscabas? Cuéntamelo...

—Es una tontería. Mi botonadura de perla y mis gemelos de oro para el «smoking».

—¿Es que vas a vestirte de etiqueta?

—Verás... Necesitas distraerte, ver gente... No se puede estar aquí siempre aislado, mirando el mar... Por eso había pensado dar una pequeña fiesta. Una recepción.

Madeleine, a pesar de lo nublada que estaba su mente, dijo lo primero que se le hubiera ocurrido a una mujer:

—No tengo ropa.

—¿Cómo que no? Tienes los armarios llenos. Todos los vestidos de antes... ¿Es que no te has entretenido ni siquiera en mirar eso?

Oprimió un pulsador y las grandes puertas de los armarios que ocupaban todo un lado de la pared se deslizaron automáticamente sobre unos raíles de acero. Detrás aparecieron docenas y docena de vestidos, todos ellos de gran calidad. Había algunos de noche.

—Di, ¿no habías visto esto?

—No.

—¿Cómo no se te ocurrió abrir el armario?

—Me daba... me daba miedo.

—¿Miedo? Pero, ¿por qué? ¡Eso es una tontería.

—Lo será... Pero también me ha dado miedo ver las otras habitaciones de la casa. No he visitado ninguna. No he usado tampoco más que los vestida que me traje de la clínica.

Roland hizo un gesto de desaliento.

—Creí que en algunos aspectos te habías atrevido a hacer más cosas —dijo—. Ya me extrañaba que fueras siempre con los mismos vestidos... De todos modos, aquí tienes todo lo que necesitas para una fiesta. Aunque, claro, no recordarás, dónde está mi botonadura de perlas y mis gemelos de oro.

—Claro que no voy a recordarlo. Es... es imposible...

—Perdona, quizá he insistido demasiado. Y en realidad, eso no tiene importancia. ¿Qué más da encontrarlo o no?

—¿Era muy valioso?

—La botonadura de perlas, sí. Los gemelos, bastante menos. Pero lo importante era su valor sentimental. Es que... Bueno, se trataba de un regalo de aniversario.

—¿Aniversario de qué?

La mirada del hombre se nubló. Por sus ojos pasó una expresión de tristeza.

—¿De qué puede ser?

Ella lo pensó inmediatamente. «De nuestra boda. Claro, de nuestra boda...». Pero todo aquello le seguía pareciendo muy lejano, como si no hubiera existido nunca. El pensamiento no le producía ninguna emoción. Madeleine se dijo a sí misma como si quisiera disculparse por su frialdad, que no es posible volver a amar a un hombre cuyo rostro se ha olvidado.

Balbució:

—Perdóname. Debes hacerte cargo de que hay muchas cosas que todavía no comprendo.

Roland se llevó la botella y el vaso. Sonrió mientras avanzaba hacia la puerta, para salir.

—No quiero que te emborraches —dijo—. Y no pienses más en eso. Nos queda tiempo de sobras para hablar. Lo de la botonadura de perlas y los gemelos de oro no tiene tanta importancia.

Salió, cerrando a su espalda.

Madeleine sintió que le recorría un estremecimiento.

Era absurdo, pero no podía evitar aquel pensamiento. Era algo que martilleaba en su cerebro, una y otra vez.

«Los gemelos, la botonadura de perlas... Los gemelos, la botonadura de perlas...»

Esa idea, esas palabras, que parecían llegar desde muy lejos, estuvieron resonando entre sus sienes hasta que volvió a quedar dormida.

CAPITULO VIII

A la mañana siguiente, muy temprano, vio que una barca solitaria, se hacía al mar. Madeleine tenía buena vista y le pareció que el que la pilotaba era André. Resultaba curioso que fuera de pesca, solo, pero todo es posible en este mundo. Dejó de pensar en él cuando la barca se perdió en el horizonte, entre la bruma matinal.

El resto del día transcurrió en calma, sin ninguna novedad, exceptuando el hecho de que Roland estuvo ausente hasta la hora de la cena. Era lógico, puesto que, sin duda, tenía sus ocupaciones. Y no podían ser unas ocupaciones cualesquiera, si necesitaba ganar para mantener todo aquello.

Por la noche, Roland volvió. Parecía muy cansado.

—¿Qué tal has pasado el día?

Madeleine sonrió, encogiéndose levemente de hombros.

—No puedo quejarme.

—¿Te has sentido bien?

—Físicamente, sí. Es muy diferente de lo de hace unos días. Pero me atormento tratando de recordar. Miro cada detalle de esta casa y pienso: «¿Cuándo le vi antes? ¿En qué otro tiempo estuve yo aquí?»

El encendió un cigarrillo, mientras la miraba sonriendo.

—No quieras darte demasiada prisa.

—No, no es eso. Los pensamientos vienen solos. Intento distraerme, pero no siempre lo consigo.

—Hablando de distraerte... Pensaba dar esa fiesta, ¿sabes? Pero la he aplazado por unos días.

—¿Es porque no he encontrado tu botonadura y tus gemelos?

—No, no. —Roland lanzó una breve carcajada—. Hoy mismo he pasado el día en Niza. Pude haber comprado otros, aunque no fueran de tanto valor. Lo que ocurre es que lo he pensado mejor y no quiero precipitar demasiado las cosas ni cargarte de emociones. Todo llegará a su tiempo.

—Te agradezco que pienses así.

—No creas que no me cuesta. Por mi gusto actuaría de otro modo, Mad. Te diría muchas cosas que he estado pensando desde que te encontré de nuevo. Cosas que... bueno, que no me dejan dormir.

—¿Por qué no me las dices?

Otra vez la nube de tristeza pasó por los ojos de Roland.

—Me lo he prometido a mi mismo: «Todo a su tiempo». Hasta que lea en tus ojos el mensaje, yo no diré una palabra de lo que pienso, Mad.

—¿Qué mensaje?

—El de que me has recordado. Hasta ahora admites que te tutee y que viva contigo, aunque a distancia. Incluso piensas que yo podría ser tu marido. Pero no me recuerdas, y cuando me miras no sientes la menor emoción. En cambio, con tu hijo es distinto. La simple visión de unas huellas en la arena te trastorna... aunque luego resulte que las marcó el hijo de un pescador. Eso sí que te produce emoción, y si él volviera, le echarías los brazos al cuello. Pero yo no, porque no me recuerdas todavía... Todo tiene que llegar a su tiempo. Mientras tanto, yo callaré.

Se puso en pie. Tenía aspecto cansado esa noche. Madeleine no recordaba haberlo visto nunca como ahora.

—Es muy bueno, Roland.

—Roland... ¿Tampoco el nombre te recuerda nada?

—Nada.

—Bueno, no hay que desanimarse.

—Por favor, no te enfades. Estoy haciendo esfuerzos para curarme, para volver a ser yo misma. Pero noto como dos personalidades en mí, como una que está aquí y otra que está muy lejos. No consigo juntarlas. Tú no sabes lo que significa ese sufrimiento. No te lo puedo explicar.

Roland se levantó y se dirigió hacia la puerta del lujoso comedor.

—No te preocupes. Demasiados progresos has hecho para tan pocos días. Todo llegará. Y ahora, perdóname. Esta mañana me he levantado muy temprano, aunque no te hayas dado cuenta.

Salió.

Al quedar sola, Madeleine sintió que otra vez le acometían sus dudas, sus encontrados pensamientos.

Se puso en pie y salió ella también, dirigiéndose a la gran terraza sobre el mar.

El silencio y las tinieblas la envolvían.

A diferencia de la noche anterior, la oscuridad era casi absoluta. La luna ya había entrado en cuarto menguante, pero no era eso solo. Había niebla baja, una niebla espesa, asfixiante. Se pegaba a los pulmones y hacía que uno se cansara a los pocos meses. Las luces de la costa, que habitualmente se distinguían a lo lejos, no se veían ahora en absoluto.

Madeleine echó a andar.

Obraba mecánicamente, como un muñeco dirigido por una voluntad lejana. Sabía que estaba haciendo algo que en otro tiempo hizo con frecuencia, aunque sus recuerdos no iban más allá. Sí, en otro tiempo ella paseó mucho por aquella misma playa... Le gustaban las raras noches de niebla, como esta.

¿Por qué la niebla? ¿Qué recuerdos le traía?

¿Qué hacía ella en las noches tétricas, oscuras, como la que ahora estaba viviendo?

¿No era cierto que ahora sentía como si su personalidad se desdoblase?

¿No se sentía como si fuera otra mujer?

Una mujer que se atrevía a todo. Una mujer que sería incluso capaz de... de matar...

No lo comprendía.

Pero era como si del fondo de su alma surgiera, otra mujer que no era ella, sino otra, que incluso le daba miedo.

Dio una vuelta por la playa y regresó de nuevo a la casa. Penetró en ella por la puerta de servicio, que ya había utilizado la noche anterior. Todo estaba oscuro, impenetrable. Tenía la sensación de que, de repente, había pasado a vivir en otro planeta.

Entró en la biblioteca.

Encendió la luz y vio los muebles lujosos, los cuadros, los libros perfectamente encuadernados. Sí, todo aquello daba sensación de riqueza... Vio también los restos de un cigarrillo en un cenicero; aún humeaban. No cabía duda de que Roland, muy poco antes, había estado allí.

¿Leyendo algo? ¿Leyendo qué?

No resultaba difícil averiguarlo porque solo había una cosa en la mesa, delante del cenicero. Era un pequeño recorte de un periódico. El texto era breve:

«La policía de París sigue sin encontrar a Madeleine Leveque, la asesina de Burdeos, a la que hace poco se localizó en la capital.

«Existen diversas pistas, pero todas ellas, por ahora, han resultado fallidas. El comisario Boublot, encargado del caso, reunirá a los informadores mañana».

Madeleine, que había sostenido el papel a la altura de sus ojos, sintió que las manos, que todo su cuerpo, le temblaba.

Sus ojos se nublaron, y de pronto, cesó de ver. La sensación de vértigo volvió a acometerla brutalmente.

Soltó el papel poco a poco.

CAPITULO IX

No supo cuánto tiempo había transcurrido. Pudo ser un minuto, pudo ser una hora. La sensación de la realidad se había perdido por completo para ella. Al empezar a recobrar la noción de sí misma, vio que el cigarrillo que estaba en el cenicero aún no se había consumido del todo. No debían haber transcurrido más allá de un par de minutos. Cerró los ojos, y se apoyó en el borde de la mesa.

Una sensación de horror, de asco, se había apoderado de ella. La extraña mujer que por unos momentos surgió del fondo de sí misma, se había evaporado ya. Era como si no hubiese existido nunca. Sólo quedaba, en su lugar, una muchacha aterrorizada, acosada, que solo pensaba en huir...

Huir, huir... Escapar adonde fuese.

Pero, ¿cómo? Y sobre todo, ¿en qué dirección?

En esos momentos se obra por instinto, y solo por instinto actuó Madeleine. Lo lógico hubiera sido, tal vez, llamar a Roland. Preguntarle si efectivamente había leído aquella noticia. O por qué la tenía reportada. Preguntarle quién era ella, en realidad, o de dónde había salido.

Pero estaba aterrorizada, y su terror no tenía solución, porque venía de sí misma. Sentía miedo de sus propias manos, del ruido de sus pisadas. Sabía, por instinto, que solo corriendo, agotándose, cayendo rendida sobre la arena, lograría liberarse de misma.

Salió en silencio, descendió los peldaños de la terraza y se encontró en la playa.

La niebla era más espesa, más oscura que antes. No se veía nada. Resultaba casi imposible saber dónde terminaba la tierra y dónde empezaba el agua.

Madeleine echó a correr.

Avanzó como una loca sobre la arena, mojándose los pies, cayendo, levantándose, dirigiéndose a trechos hacia el interior y a trechos hundiéndose materialmente en las quietas aguas.

La fatiga la iba venciendo, porque no controlaba su respiración. Sólo corría, corría... Su mirada se había nublado. No sabía dónde estaba... Aquel bataneo loco de su propio corazón, que ya no podía aguantar más la fatiga, le parecía el de otra persona. De repente, todo dio una vuelta completa en torno suyo. Cayó porque estaba rendida, pero se daba cuenta de todo. No iba a desmayarse, sino al contrario. Nunca le parecía haber tenido la mente tan lúcida. Jadeó, con el rostro casi hundido en la arena, mientras su respiración se iba aquietando poco a poco. Pero aún sentía

aquel dolor insufrible, angustioso, en el pecho...

La niebla se había ido disipando un poco. Permitía ver los objetos que no estaban lejos.

Y entonces fue como vio aquello. Como vio *aquello* que estaba situado apenas a dos pasos.

Aquella mano muy blanca, cuyos dedos crispados surgían de la arena.

CAPITULO X

No pudo contener su terror. Esta vez sí que supo que iba a perder el conocimiento. Trató de gritar, pero el aire faltaba en sus pulmones demasiado castigados. Dio dos vueltas sobre el suave talud de arena, rodando hacia la playa.

Y fue en ese momento cuando una especie de zarpa cayó sobre ella.

—Eh, usted...

Alzó la cabeza. En realidad, no estaba muy segura de haberla alzado. Pero al menos vio que el que sujetaba, impidiéndole rodar hasta el agua, era el hombre alto, hercúleo, cuyos ojos la miraban fijamente. Sólo llevaba un pantalón y un jersey ligero oscuro. Bajo él, la musculatura se marcaba, potente.

Madeleine no pudo ni hablar. El otro se dio cuenta de su situación, y la soltó.

No cabía duda de que había visto ya la mano emergiendo de la arena. Era algo muy parecido a lo que vio en su sueño, pero entonces había visto la mano de su hijo emergiendo del agua. Madeleine no pudo aguantarlo más. Se puso a sollozar.

El hombre la zarandeó. Quiso hacerlo suavemente pero tenía demasiada fuerza. Le hizo daño.

—Eh, usted, no me haga una escena ahora.

Madeleine se dominó. Tuvo que hacer un terrible esfuerzo, pero al fin consiguió hablar.

—¿Quién es usted?

—Llámeme Jacques.

—¿De dónde viene?

—Vivo por ahí. En un hotel de Antibes. No haga caso de mi aspecto. No puedo mover bien el brazo izquierdo porque estoy convaleciente de una herida.

—¿A qué se dedica?

—Soy policía.

Madeleine no supo si alegrarse o ponerse a chillar. Un policía... Y a ella la buscaban... Pero, Dios santo, ¿por qué? ¿Por qué?

El susurró:

—Comprendo que tenga miedo. Yo también he visto eso. La estaba mirando a poca distancia, cuando usted llegó y cayó desfallecida. ¿Qué le pasa? ¿Por qué corría de esa manera?

—No me pasa nada.

—Pues no lo parece. ¿La perseguían?

—No.

—Ya sé que usted no ha hecho esto. No tema... ¿Es que pensaba que tal vez iba a acusarla? ¡Que tontería —Jacques sonrió, como si la presencia de un muerto más o menos le importara bien poco—. Me he pasado la vida entre cadáveres —se disculpó—. Y ahora, si se ha repuesto, la llevaré adonde quiera.

—No... no quiero moverme de aquí...

—¿Por qué?

—Quiero saber... quién... quién es.

—En realidad, no debería tocarlo hasta que llegara el juez.

—¿Y sí... si aún viviera?

Jacques hizo un gesto claramente pesimista.

—Imposible. La mano ya está fría y, además, tendrá los pulmones llenos de arena, que no se expulsa como el agua, ni mucho menos... Pero yo también siento curiosidad por saber quién es. Tengo mis propios métodos, qué diablo... Y los jueces no me son simpáticos. Me parece que voy a hacer algo que no está bien, pero de todos modos, voy a hacerlo.

Se puso de rodillas junto a la mano, y musitó:

—Pero pienso que este espectáculo no es para usted...

—¿Va a desenterrarlo?

—Aja.

—¿Con sus propias manos? ¿Tocándolo?

—¿Y eso qué importa?

Ella se sentía cada vez más desfallecida. El cansancio volvía a acometerla.

Tuvo que hacer un esfuerzo, incluso para susurrar:

—Jacques, ¿qué clase de hombre es usted?

—Soy un policía brutal y desdichado. Si me conociera bien, seguramente me odiaría como me odia todo el mundo. No me importa tocar a los muertos, no me importa llevármelos a casa y meterlos debajo de mi cama. Espere. Pronto veremos quién era este desdichado.

Empezó a sacar arena con las dos manos, igual que un niño que trata de hacer un hoyo en la playa. Al principio actuó con rapidez, pero luego con más cuidado, para en lo posible no modificar la postura del muerto. El brazo fue surgiendo a la luz. Sólo al ver la camisa, Madeleine ahogó un grito. Sabía quién era. No necesitó esperar a ver el rostro.

Este apareció poco después, cuando ella hacía esfuerzos para no sollozar. Se trataba de André, el pescador. Sus facciones estaban contraídas en una mueca de horrible sufrimiento.

Madeleine no se atrevía ni a mirarle.

Hundió la cabeza en la arena húmeda y se puso a llorar silenciosamente, mientras Jacques la miraba sin decir una palabra. Al fin, cuando ella se hubo calmado un poco, murmuró:

—¿Lo conocía?

—Sí.

—¿Quién era?

—André, un pescador. El vecino más próximo a la casa donde yo vivía. Esta misma mañana le he visto salir en su barca.

—¿Había hablado alguna vez con él?

—Sí. Una sola vez. Era una persona muy correcta, muy sensata. Parecía mentira que fuera un simple pescador. Anoche mismo estuvimos hablando un rato.

—¿Y una sola vez?

—Sí.

—¿Cómo es posible que no hubieran hablado en más ocasiones? ¿No dice que eran vecinos?

Ella se llevó una mano a la frente, con expresión aturdida.

—No hacía falta que me dijera que es usted policía. Se le nota a distancia. Pero lo cierto es eso: hablé con él una sola vez. Quizá nos habíamos encontrado antes, en otras ocasiones, pero no acabo de recordarlo.

—Y yo no acabo de entenderlo. ¿Por qué no lo recuerda?

Madeleine se había vuelto de espaldas para no ver el rostro del muerto. Jacques también cambió de posición, alejándose un poco del cadáver, pero lo hizo para poder seguir viéndola de frente.

—No lo entiendo —insistió—. ¿Es que no recuerda usted a sus vecinos?

—Es difícil de explicar. Tuve un accidente hace tiempo, ¿sabe? Y mi memoria quedó afectada. Hay muchas cosas que por lógica comprendo que debo haber hecho, pero no las recuerdo en absoluto.

—O sea, que sus facultades de raciocinio están intactas, pero su memoria ha de ir recuperándose... Bien. Siga.

—Poco más tengo que decir. Yo daba un paseo por la playa y tropecé. Él me ayudó a levantarme. Me dijo que éramos vecinos y me enseñó su casa. Me explicó que tenía un hijo.

Aquella idea hizo que Madeleine se estremeciera. Bruscamente, exclamó:

—Dios santo, es horrible... Es horrible...

—De modo que tiene un hijo... Es curioso que yo no los hubiera visto. He paseado bastante por esa playa.

—Debían estar en el mar. Es lo lógico.

Jacques se limitó a lanzar un leve gruñido y a dar unas cuantas vueltas en torno al cadáver, como un perro que olfatea el hueso. Miró la corpulencia del hombre, calculó su edad. Todo aquello le hizo llegar a una conclusión.

—Por lo menos, lo han hecho entre tres —dijo.

Madeleine le miró, sin responder, con los ojos desencajados.

—Han debido cazarle por sorpresa —dijo—, y dejarle sin sentido. Imagino que ya estaba planeado todo, y habían hecho incluso el hueco en la arena, porque, de lo contrario, hubieran empleado demasiado tiempo en abrirlo. Lo metieron ahí, y empezaron a cubrirlo. Cuando veamos si hay arena en sus pulmones, lo sabremos con seguridad, pero apostaría cualquier cosa, a que ese pobre hombre estaba aún con vida.

La mujer no pudo resistir aquella nueva impresión. Tenía el muerto demasiado cerca. Hundió la cabeza entre las manos, y se puso a sollozar espasmódicamente. Cuando volvió a alzar el rostro, este tenía un aspecto espectral, a la luz de la luna.

—No debe impresionarse por eso —dijo Jacques —Ya sabe que de algo hemos de morir.

—Me doy cuenta de que es usted una bestia...

—Sí, eso puede que sí.

Y añadió, con la mayor naturalidad, demostrando que todo aquello no le impresionaba en absoluto:

—Debieron echarle bastante arena encima, pensando que moriría definitivamente antes de poder mover un dedo. Aparte de los golpes que debía haber recibido, la arena pesa como el plomo... Pero ese pobre hombre aún vivía, e intentó desesperadamente salir. No lo consiguió, claro. Lo único que pudo sacar fue un poco de su mano derecha... Por eso ha sido descubierto. De lo contrarió, es muy posible que no lo hubiéramos hallado nunca.

—¿Eso cree?

—La parte inferior de su cuerpo ya debe estar hundida en agua. Seguramente, hubiera cedido aún un poco. No sé si el hedor nos lo hubiera delatado, de todos modos; ése es un caso con el que no me he encontrado nunca.

Extrajo del bolsillo superior de su camisa un paquete de cigarrillos, y lo tendió a la mujer.

—¿Fuma?

—¿Cómo quiere que... que sea capaz de fumar?

—Bueno, usted se lo pierde. Son excelentes... Y ahora, vuelva a su casa. No tiene nada más que hacer aquí.

Mientras encendía, añadió:

—¿Vive usted en esa magnífica villa que hay a cosa de un kilómetro?

—Sí.

—Lo imaginaba. Bueno, vuelva allá.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer usted?

—Daré parte, claro.

Madeleine se estremeció.

—Investigarán...

—Es lógico.

—Y van a interrogarme, ¿no? Seguro que seré yo la primera persona a la que interroguen.

—También es lógico.

Madeleine no tenía fuerzas para ponerse en pie. Hizo un gesto de desaliento.

—Pero, ¿qué le pasa? —murmuró Jacques—. Interrogatorios de pura ratina, ya se sabe. ¿Cree que van a comérsela?

Ella no contestó, pero sus pensamientos eran un torbellino.

No recordaba lo que había hecho antes. Lo que hizo en una época incierta, lejana, en que no fue responsable de sí misma. Pero debía haber estado en Burdeos y debía haber cometido algún crimen, puesto que la policía la buscaba. Ahora, al interrogarla, darían con ella.

Claro que había muchos puntos oscuros en esa situación. ¿Por qué no la detuvieron en París? ¿Quizá porque nadie imaginó que se hallara en una clínica psiquiátrica? ¿Tal vez porque nadie la buscó en un sitio así? Pero, ¿cómo fue posible que el doctor Fabre o alguno de sus ayudantes no se enteraran de que estaba reclamada?

Claro que cosas más sorprendentes ocurren a cada momento. Con frecuencia leemos que individuos buscados por la policía de todo un país son capturados por simple casualidad, por ejemplo, al sufrir un accidente. Durante años han hecho una vida normal, han comparecido en oficinas públicas, han solicitado documentos... sin que ocurriera nada. La confianza de la gente es ilimitada. Con ella podía haber ocurrido una cosa así, pero ahora la policía llegaría hasta el fondo. Ahora, todo terminaría de una vez.

Jacques, que la miraba atentamente, exhaló una bocanada de humo y susurró:

—¿En qué piensa?

—Nada... No, no pienso en nada. Pero no puedo soportar los interrogatorios y todas esas formalidades sin sentido. Me irrita toda esa tramoya que la policía organiza cuando hay un crimen.

—Pues no tendrá más remedio que aguantarse. Ya le he dicho que no se la comerán, y además, yo mismo declararé en su favor. Diré la verdad: que la vi llegar cuando ya había descubierto el cadáver. Y nadie va a creer que usted, con sus escasas fuerzas, haya podido participar en esto.

Madeleine se puso, al fin, en pie.

Comprendía que necesitaba serenarse, y que si se dejaba vencer por las circunstancias, estaba perdida. Anduvo unos pasos por la arena, dando la espalda a Jacques.

—¿Quiere que la acompañe? —ofreció este.

—No, gracias. Iré sola.

—Usted vive con su marido, ¿no?

—En efecto. Pero vivo... de una manera algo especial. —A Madeleine

no le dio vergüenza confesarlo—. Dormimos en habitaciones separadas. Sé que Roland ha de ser mi marido, pero no lo recuerdo en absoluto. Él tiene la atención de no acercarse a mí, mientras esta situación dura. No sé si usted lo comprenderá.

—¿Roland es un hombre alto, fuerte, con bigotito recortado?

—Sí.

—Ya le conozco. Hablé una vez con él. Y le compadezco.

—¿Por qué?

—Debe ser terrible tener una mujercita como usted, y no poder acercarse a ella. Pero comprendo que tenga, al menos, esa consideración. Si usted no le recuerda, ¿cómo va a aceptarle en calidad de marido? En fin, no hablemos más de eso. Vuelva a su casa. Ella le miró de una forma hostil, airada.

—¿Qué clase de bestia es usted, Jacques?

—¿Por qué dice eso?

—Me ha estado llamando guapa, delante de un muerto.

Jacques miró el cadáver como sí, en efecto, se diera cuenta de que seguía estando allí.

—Ah, sí... el muerto. Pero a él no le sabrá mal que a mí me gusten las chicas. Seguro que, si estuviese vivo, también le habría dicho a usted algo parecido.

Y se quedó tan tranquilo, mientras arrancaba volutas de humo a su cigarrillo de fuerte tabaco negro.

Madeleine echó a correr locamente en dirección a su casa.

Sentía como una náusea.

CAPITULO XI

Debían ser las cinco de la mañana cuando tomó aquella repentina decisión: no iba a quedarse allí. No iba a quedarse en la casa, esperando que la capturaran, que la metieran en una celda donde acabaría de olvidar lo último que le ligaba a su vida pasada. Donde acabaría de volverse loca.

Tenía que huir.

No sabía adónde ni con qué dinero, pero tenía que huir. Irse de allí, antes de que la policía llegara, a la mañana siguiente.

Preparó en silencio sus cosas más indispensables, en una maleta, y se dispuso a escapar.

Lo más probable era que la policía ya rondara por allí cerca, pero por cortesía no la interrogarían hasta después del amanecer. Aún le quedaban algo menos de dos horas. Si las aprovechaba, podía estar lejos, cuando llegaran.

Pero, ¿con qué dinero?

¿Dónde podía haber, en aquella casa, algo de valor, algo que le permitiera llegar lejos?

Si ella había vivido allí, tenía que saberlo. Era muy lógico que en otro tiempo supiera dónde estaban el dinero y las joyas. Pero ahora, por más que se detenía a pensar, no recordaba su paradero.

Se sentó en el borde del lecho, concentrándose, haciendo un terrible esfuerzo para que su memoria volviera a funcionar otra vez.

Necesitaba unirse otra vez al pasado, al tiempo feliz en que ella vivió en aquella casa.

Inútil.

Después de casi quince minutos de reflexión, no recordaba nada. La cabeza le dolía. Volvía a sentir vértigo.

Avanzó hacia la puerta, y aspiró la oscuridad, el silencio.

Todo estaba quieto. Parecía como si en la enorme casa no viviera nadie.

Se dirigió al garaje, donde, no había estado nunca aún. Abrió las puertas con cuidado, para no producir el menor ruido. Dentro estaba el «DS-21», de Roland, con cambio automático. Y había también un viejo «Ondine», muy inseguro en las curvas, que debía llevar tiempo sin usarse. A Madeleine le recordaba algo, no sabía bien qué.

¿Fue en otro tiempo su coche? ¿Lo usó cuando ella vivía feliz en aquella casa?

La llave de contacto estaba puesta. La hizo girar, y los indicadores le mostraron que el depósito estaba casi lleno. Dio contacto, y la batería respondió, pero el motor no se puso en marcha.

Era lógico. Llevaba demasiado tiempo sin ser tocado.

Las ruedas también estaban bajas. No lo habían sacado en meses y meses.

Probó durante largos minutos, procurando no hacer ruido, haciendo funcionar durante algunos segundos el motor de arranque y volviendo a parar, para que la batería no se descargara demasiado pronto. Al fin, hubo de darse por vencida. ¡Si al menos hubiera podido cortar el paso del aire! Pero el coche tenía starter automático, y eso no le era posible. Tuvo que desistir.

Se acercó al «DS», pero este no llevaba puestas las llaves de contacto, y ella no sabía hacer un «puente». De modo que resolvió alejarse a pie, y llegar hasta la estación del ferrocarril, aunque esta estaría probablemente vigilada.

Una súbita ternura la invadió, de pronto, al disponerse a abandonar aquella casa.

Sabía que con aquello rompía definitivamente con su pasado. Que las cosas ya no volverían a ser lo que fueron un día. También daba un mal pago a Roland, que tan cariñosamente se estaba portando con ella. Porque Roland, eso era seguro, sabía que a ella la buscaba la policía. El recorte del periódico en la biblioteca indicada que había estado releuyéndolo aquella misma noche. Y sin embargo, la había tratado con cariño, con comprensión, buscando que se repusiera...

Pero por eso mismo, no era justo que ella siguiera allí.

Tenía que evitarle perjuicios. No quería que él se viese envuelto en el escándalo, cuando la detuvieran. Necesitaba huir...

Cuando se encontró en el camino que llevaba a la carretera de la Corniche, tuvo, sin embargo, una vacilación.

No había estado en la casa de André. Quizá su hijo estuviera aún allí, esperando que él llegara, sin sospechar que...

La pena ahogó a Madeleine, por unos momentos.

No, no consentiría que el pequeño se enterara de la tragedia, por la policía. Ella le tranquilizaría mejor; ella se lo sabría decir de otra manera. De modo que se dirigió hacia la casa.

En ella aún brillaba una lucecita.

Era la misma lucecita que ella vio la noche anterior. Se acercó pausadamente a la puerta. Sus rodillas temblaban.

De repente, enfrentarse a un niño que le haría preguntas, le resultaba más difícil que enfrentarse a la policía.

Pero tomó una decisión y entró. Vio que la sencilla casa se componía de dos habitaciones, una de las cuales servía a la vez de recibidor, comedor y sala de estar. La otra puerta debía corresponder a un dormitorio. También eran visibles —con las puertas abiertas— una cocina y un sencillo cuarto de baño.

Penetró en la segunda habitación. El silencio era total, y parecía pegarse al cuerpo. No oía más que el ruido de sus propios pasos.

Vio que en aquella habitación había dos camas, una grande y otra más pequeña. Resultaba evidente que André —que quizá era viudo o separado de su mujer— vivía con el pequeño. Pero, ¿dónde estaba este? ¿Dónde se había metido a aquellas horas? Madeleine miró en torno suyo.

No se veía ni rastro del pequeño. ¿Acaso?...

No, no quería ni pensarlo.

¡No quería pensar que los asesinos quizá lo habían capturado también! ¡Y que también lo habían sepultado en la arena!

El solo pensamiento de que aquello pudiera haber ocurrido, fue tan brutal, que incluso la dejó ciega por unos momentos. Era igual que si le hubiesen golpeado el cráneo con una barra de hierro. Estuvo a punto de caer.

Le faltaba aire en los pulmones. Sentía que se ahogaba.

Y fue entonces cuando aquella mano se posó suavemente en su espalda.

* * *

Madeleine no sabía por qué estaba tan asustada. Pero sintió el frío de la muerte corriendo por sus venas.

Se volvió poco a poco, conteniendo un grito.

La cara conocida de Jacques estaba tras ella. Aquella cara joven, pero ruda, que parecía hecha con una masa de bronce trabajada a puñetazos. La miraba de una forma entre inquietante y burlona. Sus manos se apresuraron a sostenerla para que no cayera.

—¿Qué le pasa? —balbució.

—Por favor, sáqueme de aquí...

—Eso mismo pensaba hacer. Venga.

—El niño...

—¿Qué pasa con él?

—No está aquí... Se lo deben haber llevado los... los...

Tenía la esperanza de que él dijese: «Nos lo hemos llevado nosotros, la policía». Pero Jacques no dijo nada. Debía parecerle natural y lógico que el chiquillo hubiera desaparecido también. Su indiferencia era monstruosa.

A Madeleine le repugnó incluso su contacto. Trató de separarse de él.

—¡Déjeme!

—No tenga tanta prisa. Venga conmigo, muñeca. Usted y yo tenemos que hablar. ¿O no?

—No puede detenerme.

—¿Y quién la detiene? Sólo quiero hablar con usted. Hablaremos del niño, si le parece. Venga, la invito a tomar una copa.

—¿Dónde? ¿A estas horas?

—No se preocupe. Para todo hay solución.

La sacó de la sencilla casa, y la llevó por el camino que conducía a la carretera de la Corniche. Allí se hallaba estacionado un viejo «Citroën 15» color gris, que al menos tenía quince años. Pocos se veían ya así por las carreteras francesas, lo que indicaba ¡que Jacques no debía ganar demasiado dinero.

—¿Es suyo?

—¿Qué quiere? No todo el mundo puede tener un «DS-21».

—O sea que el ser un individuo brutal y desagradable, como me ha confesado antes, le da muy poco rendimiento.

—Desde luego. Me da unos beneficios mínimos. Y cuando pienso en eso, más brutal, más desagradable más imbécil me vuelvo. Bien... ¿quiere subir o la tendré que llevar en brazos?

—No podría —dijo Madeleine, queriendo mostrarse también ruda—. Tiene el izquierdo lisiado, ¿no?

—Hecho cisco.

—Subiré yo misma para que no tenga que quedar en ridículo. Pero, ¿adónde me lleva?

—Hay un bar discreto por aquí cerca. Ya verá.

En efecto, el local estaba cerca, en la Corniche, dominando el mar. Se trataba, no de un local discreto, sino discretísimo. Todo eran reservados minúsculos, donde aún había parejas, a pesar de ser casi las seis de la mañana. Y es que siempre pasa eso: las mujeres tardan una barbaridad en decidirse. Cuando lo hacen, ya es hora de que uno vuelva a la oficina.

En menos de un minuto, Madeleine vio más besos que en todo el resto de su vida. Pero se dejó conducir hasta uno de los reservados, sin hacer ningún comentario.

El camarero debía ser un tipo raro. No la miró codiciosamente a ella, sino a Jacques. Menos mal que Jacques no se dio cuenta.

—Les recomiendo un «bourbón» triple, especialidad de la casa.

—¿Triple?

—Para marearse.

—Está bien, traiga dos; y luego, no aparezca por aquí.

—También es norma de la casa, señor. La discreción está comprendida en el precio de la bebida.

Cuando estuvieron solos, y hubieron bebido ca sorbo de sus altos vasos, Jacques murmuró:

—¿Huías?

—¿Por qué me tuteas?

—No sé, es la costumbre. Yo estoy en una brigada muy expeditiva: la de Homicidios. Trato con atracadores y con gente así. A veces, también con individuos que han ultrajado a una chica. Entonces, se va la mano.

Ella guardó silencio.

Imaginaba lo que debía ser «írsele la mano» a un individuo de aquella clase.

—¿Has sido boxeador?

—No, pero sirvo de *sparring*. Diez francos el asalto... Cada vez que viene Benvenutti a Francia me contrata. Una vez lo tumbé por más de veinte segundos, aunque reconozco que fue un golpe de suerte.

Bebió otro sorbo y añadió:

—Pero no desviemos la conversación. ¿Por qué huías?

—Tenía... miedo.

—¿De qué?

—Pensaba que podíais acusarme. No estaba dispuesta a soportar eso.

—Pues la huida no suele ser el mejor remedio... En fin, ahora ya está hecho. ¿Y para qué habías entrado en la casa de André?

—Quería ver si el pequeño... necesitaba algo.

—Maternal, ¿eh?

—¿Te importa?

—No. Eso les suele ocurrir a las madres frustradas. Porque supongo que tú no tendrás un hijo.

—Roland ya debió decirte que no.

—No recuerdo si me lo dijo.

—Tuvimos uno... —la expresión de Madeleine se hizo nostálgica, ahogada por la pena—. Tuvimos uno, pero esa es una vieja historia.

—Cuéntamela.

—¿Para qué? ¿Para divertirme? ¿Para que te maravilles de que en el mundo haya gente que aún conserve los sentimientos?

—No. Es solo para conocerte. Supongo que todo eso tendrás que aclararlo cuando te interroguen.

Ella cerró un momento los ojos. No quería que Jacques, aquella especie de bestia, la viera llorar. Con voz apagada, empleando las menos palabras posibles, narró su historia.

Al terminar, él tenía las facciones levemente crispadas. Pero no hizo ningún comentario.

Bebió otro sorbo, y entre los dos se produjo un largo silencio.

—Fue una suerte que tu marido te encontrase —dijo, al fin.

—Me estuvo buscando sin descanso, desde que volvió a la vida más o menos normal.

—También tenéis suerte al ser ricos. Eso te permitirá recobrar la paz, sin demasiado esfuerzo.

Madeleine tenía las facciones crispadas. ¿Sabía aquel hombre que la buscaban por algo que ocurrió en Burdeos? ¿No estaría jugando con ella como el gato juega con el ratón, antes de atacarlo?

—¿Y el niño? —musitó con un soplo de voz, mientras aquel horrible pensamiento volvía a torturarla—. ¿No habéis hecho nada para

encontrarlo?

—Claro que hemos hecho. Yo mismo he estado buscando por todas partes. Y los patrulleros que se encuentran de servicio en las cercanías, también.

—¿Sin resultado?

—Sin resultado.

Ella sintió que el aire volvía a faltar en sus pulmones, que materialmente se ahogaba.

—Entonces, ¿eso quiere decir que pueden haberlo matado, igual que a su padre?

—Claro que sí. Era un testigo muy molesto. Lo normal, en esos casos, es eliminarlos.

—Pero cuando no habéis encontrado el cadáver, eso significa que...

Él la miraba con curiosidad. Notaba que Madeleine no se atrevía ni a seguir pensando.

—... Qué...? —murmuró.

—Significa que pueden haberlo sepultado en la arena.

—Claro. Es lo más fácil.

—Y lo dices con esa indiferencia y con esa... esa...?

—Seguramente, no habrá podido sacar la mano, como hizo su padre —dijo Jacques, con espantosa frialdad—. Claro, a él le faltarían las fuerzas... Pero lo encontraremos, no te preocupes. Y cuando los culpables aparezcan también... —Hizo un gesto con la derecha, como si cortara algo de un tajo—. En Francia funciona un magnífico aparato llamado guillotina.

Madeleine no podía más. Era incapaz de soportar aquella espantosa frialdad, aquella indiferencia brutal con que Jacques hablaba de la muerte, incluso de la muerte de un niño. Hundió la cabeza, la apoyó en el borde de la mesa, y se puso a sollozar.

Jacques terminó de beber su «bourbón». No quería, al parecer, tirar el dinero.

—Estás muy nerviosa y muy cansada —dijo—. Vamos, te llevaré a tu casa. Olvidaremos lo de la huida ¿no? Y no vuelvas a atormentarte. Al fin y al cabo, a ti nadie va a llevarte a la guillotina...

Como si con aquello estuviera resuelto todo, la tomó por un brazo y la ayudó a levantarse.

Madeleine arrastraba los pies materialmente cuando salió del local. El único comentario que oyó fue:

—Esos dos han ido demasiado lejos.

CAPITULO XII

La policía se presentó a media mañana, mucho más tarde de lo que Madeleine imaginaba. El grupo de tres gendarmes lo mandaba un inspector de expresión aburrida.

Los interrogatorios fueron rutinarios, como había predicho Jacques. Este, con cierta sorpresa de la muchacha, no se presentó. Después de todo, era lógico, pues no estaba allí de servicio sino reponiéndose de un balazo. Pero a Madeleine eso le causó una secreta decepción.

El, al menos, conocía su historia. El, con toda, su franca brutalidad, podía ayudarla en un momento difícil.

Ahora se sentía como desnuda, como desamparada ante el que la estaba interrogando.

Pero el inspector no fue demasiado lejos. Se limitó a unas cuantas preguntas de detalle. Con Roland, que inmediatamente tomó asiento junto a Madeleine, hizo lo mismo.

Al fin, dio por terminadas todas aquellas formalidades.

—Si pensaban irse, pueden hacerlo cuando quieran —dijo—. No hay ningún cargo contra ustedes.

—¿Y el niño? —preguntó Madeleine, angustiada—. Han encontrado al hijo de André?

—No, a pesar de que estamos cribando toda la playa.

—¿Sin resultado?

—Sin resultado, por ahora.

Ella cerró un momento los ojos, para que nadie viera la expresión patética que había pasado por ellos.

Estaba perfectamente segura de que había muerto pero de que su cadáver no aparecería con facilidad. De que solo lo descubrirían dentro de unos días, a causa del hedor, y empleando perros.

Aquello le hacía revivir la tragedia que significó la pérdida de su hijo. Notaba que todo se iba haciendo borroso en torno suyo, que perdía la memoria de nuevo, en detalles que ya había logrado concretar. Su cerebro se defendía de aquel modo: borrando su personalidad, hundiéndola en aquella especie de sueño, en que había estado sumergida tantos meses.

Roland le pasó una mano por la espalda, y le estrechó los hombros con fuerza.

—Debes descansar. Todo esto ha sido horrible para ti. No comprendo, además, cómo ha podido ocurrir una cosa tan estúpida. Matar a André... ¿Por qué? ¿A quién molestaba ese pobre hombre? Madeleine no se atrevió a contestar.

Tampoco ella lo sabía; y le faltaban las fuerzas para decir una sola palabra.

Fue a su dormitorio, y tomó dos pastillas de somnífero para tratar de descansar. Poco después, se hundía en un profundo sueño, plagado de pesadillas.

* * *

No había tomado alimento en muchas horas, pero no se sentía débil. Al contrario, cuando despertó, tuvo una alentadora sensación de liberación y de agilidad. Ya había caído la noche de nuevo, y había tormenta. Ahora, las aguas del golfo de León, que tan temibles resultaban para los barcos que se dirigen hacia Génova, estaban movidas y tumultuosas. El estruendo de las olas dominaba cualquier otro sonido.

Estuvo mucho rato quieta con los ojos abiertos.

Había una montaña de cosas que no se explicaba bien. Y una de ellas era que no la hubiese detenido aún la policía.

Salió de nuevo al pasillo. Sabía que Roland descansaba en la habitación contigua, pero debía estar dormido. En la casa, como de costumbre, todo era silencio. Podía entrar y salir con la mayor libertad, como las otras veces.

Una fuerza irresistible la empujaba. Sus pasos ¡fueron hacia la playa, sin que ella misma se lo hubiera propuesto.

La fuerza del mar impresionaba esa noche. Las olas avanzaban rugiendo desde gran distancia, rompían contra la arena y hacían que el agua llegase casi hasta los peldaños de piedras que llevaban a la terraza del edificio.

Era un espectáculo que daba miedo, pero que extasiaba a la vez.

Casi no quedaba playa. Resultaba difícil caminar, sin ser alcanzado por la fuerza de las olas.

Pero Madeleine echó a andar. No sabía qué era lo que pensaba. Aunque tal vez no pensara nada; solo una especie de instinto misterioso parecía guiarla.

No había apenas luna, y la visibilidad era difícil, pero al mirar al suelo las vio.

¡Vio otra vez aquellas huellas en la arena!

* * *

Eran las mismas pisadas pequeñas de las veces anteriores. Habían sido marcadas muy poco antes, e iban hacia la que fue casa de André. Madeleine las siguió instintivamente; las siguió casi corriendo, sintiendo que su corazón bataneaba como si se hubiera vuelto loco. Era seguro que el pequeño tenía que estar a muy poca distancia. ¡Si se esforzaba, aún podría alcanzarlo!

Y de pronto, lo vio.

Estaba de espaldas, entre las rocas. Sólo lo veía confusamente. Era como una pequeña sombra más espesa entre las cien sombras que creaba la oscuridad.

De pronto, el pequeño desapareció. Pero en ese mismo momento, la mujer no le estaba mirando a él, sino que miraba algo que le había helado la sangre al las venas.

Una figura ancha y maciza había aparecido detrás del pequeño.

Llevaba algo en las manos, algo que la mujer no pudo identificar hasta el último momento.

¡Un rifle!

¡Iba a disparar sobre él!

La mujer lanzó un grito, pero la voz surgió solo muy débilmente de su garganta, y cuando surgió fue ahogada por el estruendo de las olas.

En cambio, lo que sí que se oyó fue el disparo. Un disparo seco, cortante.

Madeleine echó a correr hacia allí, como una loca.

CAPITULO XIII

Como le había ocurrido otras veces, una mano la detuvo en su carrera. Era una mano fuerte, ruda. Ella sintió, de repente, como si hubiera chocado contra una pared de acero.

Vio confusamente las facciones pétreas de Jacques.

No estaba segura de si la figura que había visto antes, con el rifle era la suya. No estaba segura de nada, excepto de que ahora se encontraba allí, en sus manos.

La voz de Jacques era burlona. La agitación de la mujer no le había impresionado en absoluto.

—¿Qué haces aquí?

—¡Déjame!

—¿Dejarte? ¿Por qué?

—¡He visto al hijo de André!

—¿Al hijo de André? No digas tonterías.

—¡Estoy segura! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡He estado siguiendo sus huellas, marcadas en la arena!

—¿Qué huellas?

Ella miró, aturdida, detrás suyo. Al caminar exactamente por el mismo sitio, las había borrado con sus propios pies. Pero esta vez no soñaba. Estaba segura de haberlas visto.

—Venía hacia aquí. Y alguien ha intentado matarle.

—Tú has sufrido una alucinación, preciosa.

—No he sufrido ninguna alucinación. Y déjame pasar, de una vez. ¡Déjame pasar, te digo!

Él se encogió de hombros, como si fuera a darle permiso, pero no soltó el brazo por el que la tenía férreamente sujeta.

—Vuelve a casa.

—Te digo que he visto a... a...

—Estás confundida. Yo vigilaba aquí. No ha pasado nadie.

Madeleine sabía que mentía, porque sus sentidos no la habían engañado. Él estaba mintiendo. ¿Con qué objeto? Y de pronto, sintió que la invadía un sutil, un venenoso terror.

¿Quién le garantizaba que Jacques era realmente un policía? Y aunque lo hubiera sido, ¿no pudieron expulsarle? ¿No era él realmente el único sospechoso de haber hecho todo aquello?

En ese caso, continuaría su obra. Terminaría con ella...

Los ojos del hombre brillaban quietamente en la oscuridad. Tenían una expresión indescifrable y astuta.

El miedo fue esta vez superior a la voluntad de Madeleine. Y dijo con un soplo de voz:

—Está bien; me iré.

—Es lo más acertado.

—Pero, ¿y la policía? ¿Dónde está?

—La policía soy yo.

Madeleine, que sabía que no podía creerlo, sintió que su miedo se aceleraba. Dio media vuelta poco a poco, y se dirigió hacia la casa, dominando sus espantosos deseos de echar a correr.

Jacques se la quedó mirando hasta que se perdió de vista. En sus ojos seguía flotando la misma expresión indescifrable.

Pero Madeleine era astuta, como todas las mujeres. No llegó hasta la casa. Cuando creyó estar en un punto desde el que podía ver sin ser vista, se detuvo.

Oteó entre las rocas.

Ahora había algo más de luz, pues la luna se estaba destapando entre los nubarrones. A distancia, vio a Jacques, de espaldas, que recogía algo del suelo.

Era el cadáver, el cadáver no de un niño, sino de un hombre.

Se lo cargó a la espalda y se alejó con él, como si aquello no tuviera la menor importancia.

Madeleine tuvo que hacer un esfuerzo angustioso para no gritar, para poder caminar, para poder llegar hasta la casa.

* * *

A la mañana siguiente, la doncella de la minifalda le entró el desayuno. Se quedó un poco sorprendida al ver a Madeleine levantada ya, y con aquellas ojeras tan profundas.

—¿Qué le pasa, señorita? ¿No ha dormido bien?

—No he descansado en toda la noche.

—¿Por qué? ¿Por la tormenta?

—No sé... Estaba nerviosa.

—Lo comprendo. Yo tampoco duermo bien las noches de tormenta. ¿Le apetece un zumo de fruta?

—Sí, solo eso.

—¿No va a comer nada? Me parece que ayer tampoco probó bocado.

—No tengo apetito.

—Están de moda las delgadas, pero no quiera conseguirlo en dos días —dijo la doncella, riendo—. ¿Necesita algo más?

—Sí. Los periódicos, por favor.

—No han llegado. Hace dos días que no llegan.

Madeleine arqueó una ceja.

—Es extraño, ¿verdad?

—Extraño solo en cierto modo. Oí decir que había una huelga de distribuidores en la zona. Pero si quiere conocer las noticias, puedo traerle la radio.

—No, no hace falta. Gracias...

Al quedar sola, Madeleine dio unos pasos nerviosos por la habitación. Para conocer todas las noticias por medio de la radio hay que estar a la escucha el día entero, porque la radio las diluye a lo largo de sus programas informativos de toda la jornada, mientras que el periódico las concentra. Sólo adquiriendo algún periódico de la comarca podía enterarse exactamente de lo ocurrido allí cerca, y de lo que la policía no había querido decirle. Pero no habían llegado. Estaba tan aislada como al principio. Ese parecía ser su destino.

No había hecho más que beber el zumo de frutas cuando entró Roland. Llevaba un conjunto deportivo, y parecía muy animado aquella mañana.

—Mad... ¿qué tal has descansado esta noche? Me ha dicho la doncella que no demasiado bien.

—Estaba nerviosa.

—¿Ha sucedido algo especial? ¿Te ha molestado alguien?

—No, no. Pero la tormenta ha sido tan fuerte que...

—Lo comprendo. Yo tampoco acabo de acostumbrarme, y además, las tormentas están llenas de malos recuerdos para nosotros. —Esperó a ver el efecto que aquella frase producía en la mujer, pero ante la falta de reacción, continuó—: Deberías hacer algo para distraerte. Por ejemplo, podríamos dar una vuelta en el coche. Pasar el día juntos y comer en Cannes o en Niza.

—No tengo ganas de salir... Te aseguro que estoy muy cansada.

—Pues si no sales, habré de hacer algo para distraerte. Así no puedes continuar.

—¿Y qué puedes hacer?

—Definitivamente, dar la fiesta de que te hablé.

—¿Crees que es momento para eso? Hace solo un par de noches han asesinado a un hombre, a pocos metros de aquí.

—Eso es muy doloroso, pero yo no puedo devolverle la vida. Y he de mirar por ti, he de procurar que no te obsesiones. Daré esa fiesta. Gente agradable y divertida, ya lo verás. Te serán simpáticos.

—¿Y cómo piensas presentarme?

El vaciló. Parecía no haber esperado aquella pregunta.

—Pues como... como...

—¿Cómo tu mujer?

—No quisiera ser brusco, Mad, pero tú no eres tonta. Aunque el accidente te hizo refugiarte en otra personalidad y perder la memoria en muchos aspectos, tu inteligencia siguió tan despejada como antes.

Incluso más que antes, creo yo. Lo comprendías todo, pero faltaba ese

ligamen con la vida anterior. Que nos da la memoria. Igual ha debido pasar conmigo. Sabes perfectamente que soy tu marido, pero no recuerdas nuestra anterior vida en común. Nuestros momentos de intimidad, nuestra boda...

Madeleine cerró un momento los ojos. Intimidad... Era posible que ella no recordara esos instantes? ¿Puede, toda una vida en común, esfumarse, sin dejar huella? ¿Cómo era posible que ella no recordase ni tan siquiera su rostro?

—Sé que tienes que ser mi marido —balbució—. Sí. Mi inteligencia ha comprendido eso.

—Pero tus sentimientos, no.

—Lo siento, Roland... Lo siento de verdad. Ahora comprendo que los sentimientos necesitan de la memoria.

—Es lógico. No puedes ponerte a sentir, de pronto una gran pasión por mí, si no recuerdas las cosas que nos unen. Pero no quiero hablarte de eso, Mad. Si tú no lo llegas a mencionar, yo no lo hubiera hecho. Y me doy cuenta de que, en efecto, la fiesta será un problema. Definitivamente, dejaré de pensar en ella.

—No te preocupes por mí. Dala, si quieres.

—¿Cómo voy a tratar de divertirme con una cosa que te molesta? No, no pensemos más en ello. Pero hay algo que tal vez hayas recordado, algo que quisiera preguntarte.

Ella le consultó con la mirada.

—Es una tontería —dijo Roland—. Una perfecta tontería, claro. No debes hacer ningún esfuerzo, si no lo recuerdas.

—¿A qué te refieres?

—A la botonadura de perlas y los gemelos. Ya sabes que tenían un gran valor sentimental para mí

Madeleine se mordió el labio inferior.

—He pensado en eso, pero no puedo concretar... Sin embargo, he creído ver de nuevo una botonadura de perlas... Y unos gemelos. Unos gemelos muy especiales.

—¡Y tan especiales! ¡Llevaban tus iniciales compuestas con pedazos de esmeraldas!

Los ojos de Madeleine se nublaron. Estaba haciendo esfuerzos terribles para recordar, para que las imágenes, que veía tan difusas, se concretaran en sus pensamientos.

Pero no lo conseguía.

—Lo más curioso es que creo verlos... —balbució—. Que me parece como si los tuviera en las manos otra vez.

—¿De veras?

—Sí. Y la botonadura de perlas... La veo en un gran estuche negro. Un estuche que tenía tus iniciales en plata.

El hombre se aproximó impulsivamente. La sujetó por los brazos, acercándola así, siguiendo un impulso repentino.

—¡Mad! ¡Estás recordando! ¡En efecto, era así! ¡Una caja negra, con mis iniciales grabadas en plata! ¡Haz un esfuerzo más! ¡Un pequeño esfuerzo, Madeleine! ¡Recuerda! ¡Recuerda!

La expresión del hombre era vehemente. Haba llegado a zarandearla. En sus ojos brillaba la ansiedad.

Pero resultaba lógico. Madeleine, en su lugar, hubiera sentido exactamente lo mismo.

—No puedo más... —balbució—. No puedo más, lo juro...

Era cierto; estaba realmente agotada. Las imágenes reales y las puramente ficticias se mezclaban de modo en su cerebro, que había momentos en que llegaba a dudar de ella misma.

Él la soltó poco a poco.

—No te preocupes, Mad —susurró—. Hay tiempo, mucho tiempo... Has hecho grandes progresos desde que estás aquí, de modo que no debemos desanimarnos. Todo llegará.

—Soy una carga estúpida —dijo ella con voz velada—. Comprendo que estés aburrido, Roland.

—No lo estoy, sino todo lo contrario. No pienses en eso.

—Te prometo que trataré de recordar. Haré todo lo que sea posible.

—No sufras por eso.

—¿Sabes lo que quizá me iría bien?

—¿Qué?

—Dar una vuelta en coche. Ver los paisajes conocidos. Familiarizarme otra vez con caminos que recorrí.

El hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Es una idea muy razonable. ¿Quieres mi coche?

—No lo he llevado nunca. Quizá no me atrevería.

—Entonces, el tuyo. Tú tenías un «Ondine». ¿No has entrado en el garaje? ¿No lo has visto?

—No —mintió ella.

—No sé si arrancará, después de tanto tiempo de no funcionar. Pero yo me ocuparé de limpiar las bujías y ajustar un poco el carburador, mientras te arreglas. Puedes ir al azar. Y, si te parece, te quedas a comer en cualquier sitio. ¿Te acompaño?

—No. Prefiero ir sola.

—Entonces, de acuerdo. Dentro de media hora tendrás el coche listo.

Todo en Roland reflejaba amabilidad, entusiasmo. Eso hacía que Madeleine se sintiera doblemente arrepentida. Que lamentara, a cada momento, no ser mas que una carga para él.

Se puso un jersey negro y unos pantalones ajustados, que le sentaban a la perfección, piezas que sacó del gran armario abarrotado de ropa de

gran calidad. Si alguna duda le cupiera de que estaba en su verdadero hogar, aquellas prendas la hubieran disipado. Todas se amoldaban perfectamente a su figura, y todas eran de su gusto, lo cual indicaba que las había elegido ella misma.

Se presentó en el garaje. El motor del «Ondine» ya runruneaba.

Roland la contempló con admiración, mientras se secaba las manos con un paño.

—Estás muy bonita —dijo—. Ese conjunto te sienta maravillosamente bien.

—¿Me lo habías visto alguna vez?

—No recuerdo... Pero diría que no. Las dos cosas juntas no te las habías puesto nunca.

—Es posible. ¡Hay arriba tanta ropa!

—Siempre me gustó que pudieras variar... —y señaló el coche—. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Lo has conseguido. Estaba difícil.

—¿Cómo lo sabes?

Él la miraba recelosamente. De pronto, su rostro había cambiado. Madeleine se defendió como pudo con una sonrisa nerviosa.

—Si ese coche solo lo usaba yo, ha tenido que estar muchos meses inactivo.

—Cierto. Incluso no me explico cómo la batería se conservaba fuerte —la expresión recelosa desapareció—. Ah... Debes tener mucho cuidado con él. Ya sabes que yo quería comprarte otro tipo de coche.

—¿He tenido algún accidente con él?

Madeleine había hecho la pregunta con naturalidad, casi con alegría, como si quisiera que él la orientase en sus recuerdos.

—No, no tuviste ningún accidente, pero un par de veces se te fue en las curvas. Apenas alguien quiera comprármelo, lo venderé. Ten mucho cuidado en los virajes de la Corniche.

—No te preocupes; lo tendré.

Subió al coche, entró primera y dio gas. Obraba de una manera maquinal, por instinto, como si repitiera gestos hechos en otra época. Arrancó con suavidad y salió al camino vecinal, dirigiéndose a la carretera.

Había poca circulación. Normalmente, la Costa Azul estaba abarrotada ya después de Semana Santa, pero ahora aún faltaban para ella unas fechas. Se cruzó con un par de coches deportivos y con un «Rolls», cuyo conductor, borracho, iba haciendo esos. Luego, nada.

Hasta que se encontró con aquel extraño tipo. Aquel tipo que parecía hacer *auto-stop* al borde de carretera.

Ella se detuvo porque no tenía otro remedio. Porque aquel hombre era nada menos que Jaques.

Jaques abrió la portezuela del lado derecho, y se metió en el interior.

—¿Qué quiere? —preguntó ella, con voz desabrida, donde palpitaba una chispita de temor—. ¿Se ha quedado sin gasolina? ¿O es que su viejo cacharro ya no tira más?

—Quería hablar contigo, Madeleine.

—Ya no recordaba que nos tuteábamos.

—¿Te sabe mal ahora?

Ella se encogió de hombros.

—Me es indiferente. ¿Adónde vas?

—Por ahí...

—O sea que no tienes rumbo fijo.

—No. Ni tú tampoco, supongo.

Ella reconoció que no.

—Había salido solo para despejar la cabeza —añadió—, pero temo que, después de encontrarte a ti, eso ya no sea posible.

—No te resulto agradable...

—Ni pizca.

—¿Por lo de anoche?

Por mil cosas... Aunque, en realidad, no me resulta agradable nada de lo que sucede —añadió—. Desde que llegué aquí, he vivido como en una especie de pesadilla.

Jacques no hizo más comentarios sobre lo ocurrido la noche anterior. Ignoraba que ella le había visto transportando un cadáver sobre sus hombros. Se limitó a hablar del tiempo y de lo pronto que todo aquello se llenaría de turistas. Luego, señaló un pequeño parador que estaba a un lado de la carretera.

—¿Entramos?

—¿Para qué?

—Sólo para hablar un rato. ¿No admites una invitación de un tipo desagradable y que no tiene amigos?

De acuerdo, pero a condición de que me digas si has sabido algo del niño a quién yo vi anoche.

—No creo que vieses a ninguno.

—¿Piensas que soñaba?

No, pero viste las cosas mal. Las sombras se mueven en las playas como en todas partes. Y sobre todo, en las noches de tormenta... ¡Dios santo, lo que son las noches de tormenta por aquí! Te pareció ver una figura pequeña, y tal vez era simplemente un perro de los que buscan algo de comer entre la arena.

—Estoy segura de que...

—¿Las huellas?...

—Sí. Las vi perfectamente.

—El agua llegaba hasta ellas, y las deformaba. Podían ser las de un hombre.

Por ejemplo, las que dejaste tú, al transportar sobre tus espaldas aquel cadáver.

Madeleine estaba nerviosa, irritada. Ya no podía más. Sabía que quizá había cometido una imprudencia terrible al decir aquello, al soltar una verdad que quería mantener secreta. Si Jacques no era un policía, sino un asesino —o si era las dos cosas a la vez— no le perdonaría nunca el que le hubiese descubierto.

Pero el hombre se limitó a mostrar su dentadura sana y fuerte en una carcajada alegre, mientras se sentaban a la mesa.

Es curioso. Yo, transportando un cadáver sobre mis espaldas. Con lo débil que estoy ahora...

—Te vi perfectamente.

—¿Es que me espiabas?

—Supongamos que sí.

Pues hiciste una tontería, y cometiste una equivocación. En la oscuridad, no debías ver bien. No era un cadáver, sino un saco de arena.

—¿Un saco de arena? ¿Es que te dedicas a llevar pesos?

—Sólo para entrenarme.

Madeleine no creyó, naturalmente, una palabra de todo aquello. Es más, tuvo la sensación de que Jacques se burlaba de ella.

—No quiero tomar nada —dijo, disponiéndose a levantarse—. Me voy.

—¿Adónde?

—No te importa. Y ya no puedo aguantar esto un minuto más.

Jacques se puso en pie también, mientras el camarero les miraba con sorpresa.

—Te acompaño —murmuró.

—Estás listo. Vas a tener que hacer *auto-stop* con una sueca, nene.

Jacques la siguió, de todos modos. Cuando pasban junto al camarero, este murmuró:

Parece que las cosas se han estropeado, monsieur.

—No diga tonterías. Está casada.

—Ah, entonces mejor, monsieur.

—¡Está casada conmigo!

Después de esta mentira, Jacques salió también del local. Empezaba a sentirse nervioso. Vio que Madeleine ya estaba sentada al volante, y se disponía a poner en marcha su «Renault-Ondine».

—¡Mad!

—¡No me llames así! ¡No tienes ningún derecho!

—No tengo derecho a nada, ya lo sé. Ni siquiera a molestarte con preguntas, porque ahora no soy un policía sino un pobre tipo, que convalece de unas heridas estúpidas. Pero solo quisiera saber una cosa.

—¿Cuál?

—No te sorprendas por la pregunta.

—No me puedo sorprender, si no me la haces. ¡Habla, de una vez!

Él dijo, de repente, hablando a través de la ventanilla abierta:

¿Dónde están tus joyas?

—¿Queeeeeé?...

Tú tenías una de las mejores colecciones de joyas que hay en Francia.

¿Dónde están?

—Madeleine se sentía perpleja, atónita.

No sabía qué pensar.

¿Joyas? Pero, ¿de qué me hablas?

—¡Infiernos, no te hagas ahora la tonta! ¡Quizá, en el fondo, seas más lista que todos nosotros! ¡Quizá tienes algo que ocultar, y lo estás haciendo con más gracia de lo que la gente esperaba!

—Madeleine recordó de pronto, el recorte de periódico hallado en la biblioteca. Comprendió bruscamente que estaba acorralada, que quizá todo, en el fondo, había sido una maniobra, una monstruosa confabulación para obligarla a confesar. Una confabulación, en la que estaban complicados su «marido», Jacques, las huellas en la arena, los mismos policías que la habían interrogado...

Bruscamente, sintió otra vez aquel terrible vértigo. Se sintió perdida, e intentó huir.

Perdida, sobre todo, porque no podía encontrar la verdad en el fondo de sí misma. Porque la mujer a la que estaban buscando debía ser ella, pero al mismo tiempo, *no era ella*.

Fue a poner primera y arrancar, pero la férrea derecha de Jacques bloqueó el volante.

—Menos prisa, muñeca.

—Voy a soltar el embrague. Te advierto que te arrastraré...

—Muy bien. Prueba.

Ella probó. No soltó el embrague del todo, pero sí lo suficiente para que el coche fuera arrancando ¡Y el coche no se movió! La fuerza de Jacques era suficiente para tenerlo inmovilizado. El volante empezó a crujir. Iba a partirse en diez pedazos.

Entonces, ella cedió. Puso punto muerto.

—Te contestaré a lo que quieras —dijo, desfallecida—. Mejor dicho, te contestaré a lo que sepa. Lo poco que sé...

—Eso está mejor.

—Sube.

Jacques lo hizo, y Madeleine condujo a poca velocidad por la Corniche, desde la que se dominaba una perspectiva incomparable. En una recta donde no había peligro, se detuvo.

—Tú dirás —musito, con un soplo de voz.

—Lo que he de preguntarte es sencillo: ¿no recuerdas lo de las joyas?

—¿Qué joyas?

—Estás fingiendo muy bien —dijo él secamente.

—Por favor, Jacques... ¿Es que..., es que no me crees?

La expresión del hombre se dulcificó. Incluso hiérase dicho que sufría, que algo le iba quemando por dentro. Cerró los ojos un instante, y susurró.

—Veamos... Seguramente, es verdad que soy una bestia. No he planteado las cosas bien. Quizá hará falta que te recuerde algo.

—Dime lo que sea; te lo suplico.

—Tu familia siempre ha sido rica. Tú eres la única descendiente de una rama de aristócratas, en cierto modo maniáticos, que siempre se mantuvieron al margen de la evolución del país, como si siguieran viviendo en la época de Luis XVI. Para ellos las joyas y las fiestas seguían siendo algo tan importante como, por ejemplo, el leer y estar al corriente de lo que ocurre en el mundo. Fueron las fiestas las que casi les arrumaron. Luego, estuvo la broma de las joyas.

Madeleine escuchaba en silencio, intentando recordar, pero le era imposible. Seguramente, lo que le contaba Jacques había sido una cosa normal para ella en otro tiempo, pero ahora no lograba que sus —cuerdos le trajeran una sola imagen, una sola frase. No recordaba a nadie de su familia, y mucho menos, que hubiera existido un problema con las joyas de esta. Pero susurró:

—Continúa, por favor.

—Tus padres invirtieron en joyas todo el dinero que les quedaba, y que aún era mucho. Lograron una de las mejores colecciones de Francia. Pero esa riqueza no tenía que ser para ti, su única heredera, sino que iba destinada al museo del Louvre. Tus padres querían hacer algo que perpetuara su nombre y que contribuyera a la grandeza de Francia. Yo siempre he pensado que se podían hacer cosas mucho más útiles, como por ejemplo fundar un hospital y un conjunto de escuelas, que incluso podían haber llevado su nombre, si eso les hacía felices. Pero ya me he dicho que tus padres vivían en otra época, una en que el fasto y las joyas eran elementos esenciales. Con ello te dejaron casi arruinada, puesto que tú podías disponer de las joyas mientras vivieras, pero luego habías de depositarlas en el Louvre.

Naturalmente, no podías vender ninguna de ellas, ni siquiera en caso de necesidad.

Madeleine echó la cabeza hacia atrás, después de las explicaciones.

No sabía por qué, pero todo aquello le parecía increíblemente divertido.

—Tiene gracia —musitó.

—¿Gracia? ¿Por qué?

—Ahora resulta que no soy rica.

—¿Y eso te divierte?

—Me divierte más de lo que crees. No sabes lo que me fastidiaba ser

una señorita inútil Pero, ¿y la casa en que vivo? Vale una fortuna. ¿No es mía?

—Es de tu marido.

Las facciones de la mujer se ensombrecieron un momento.

—El pobre Roland... Me tiene allí, y yo no hago más que causarle problemas...

Entrelazó los dedos nerviosamente, y suplicó:

—Sigue, por favor... Lo de Roland es un problema exclusivamente mío.

Bien... El resto es sencillo. Desde que sufriste el accidente, tú no has dado ninguna explicación acerca de esas joyas. Nadie sabe cuál es su paradero. Y no son tuyas, sino que, simplemente, las tiene en depósito.

—¿Es que han llegado a pensar que trato de apropiármelas? ¿Quizá creen que fingí el accidente y que estoy fingiendo también el no recordar nada?

La voz de Madeleine se había alterado. Pero al instante recordó que quizá en el fondo de sí misma albergaba otra personalidad, la personalidad de otra mujer —astuta y peligrosa— que había olvidado. Por eso hizo un gesto vencido, mientras hundía la cabeza sobre el pecho.

Es monstruoso que hayan llegado a pensar eso —dijo.

La administración del museo quiere que la policía investigue —siguió diciendo Jacques—. No es que sospechen de ti; se trata de una rutina, pero tú tienes que dar una explicación. Si no la dieras, las cosas podrían llegar a complicarse.

—¿Y tú qué pretendes? ¿Avisarme?

—Eso es. No esperes a la investigación oficial. Aclara las cosas lo antes posible. Es por tu buen nombre, ¿sabes?

—¿Por mi buen nombre? —preguntó ella irónicamente—. ¿Quieres que te informe sobre el paradero de las joyas a ti?

—No sería mala idea.

—¿Para que puedas llevártelas?

La acusación era clara, concreta. Y Madeleine la hizo porque ya sospechaba claramente de Jacques. Porque ya había visto demasiadas cosas que la intrigaban, que no acababan de convencerla. O que le daban miedo. Pero al instante se arrepintió de haber hablado demasiado, porque estaba en un lugar solitario, donde él podía hacer cualquier cosa...

Jacques no hizo nada, sin embargo. Se limitó a reír con aquella risa de animal sano y que, en el fondo, quizá se desprecia un poco a sí mismo.

—En esta vida me han llamado de todo —dijo— pero es la primera vez que me llaman ladrón. Bien, no hace falta que sigamos hablando más. Te acompañaré a tu casa.

—Prefiero que me dejes aquí.

¿Y por qué no? Ya encontraré alguna sueca...

La saludó con un gesto inexpresivo de su mano derecha, y salió del

«Ondine», remontando la carretera en dirección opuesta a la que habían llevado hasta aquel momento. Madeleine vaciló unos instantes, no sabiendo si llamarle o no, para que le siguiera hablando de aquel punto de su vida que ella ignoraba por completo: aquellas joyas que valían una fabulosa fortuna. Pero, al fin, se encogió de hombros y pensó que él no le aclararía nada, sino al contrario. Puso primera, y arrancó.

Roland estaba paseando nerviosamente por la terraza, al pie de las escaleras que llevaban a la playa.

—Vuelves demasiado pronto. ¿Te has divertido, querida?...

CAPITULO XIV

Madeleine paseaba nerviosamente por su habitación. No recordaba ser aficionada a fumar, pero ahora, un cigarrillo colgaba de sus labios. Tenía los ojos entornados y tras ellos rugía una tempestad de pasiones, de pensamientos. Intentaba precisar los detalles de lo que había sido su vida anterior, y no podía. Todo terminaba en el momento en que vio flotando entre las aguas la mano de su hijo. Con aquella visión lacerante, con aquella visión de pesadilla, terminaba todo. Sus pensamientos, a partir de entonces, se transformaban solo en una densa capa de niebla.

Roland, sentado en una de las butacas, la miraba fijamente. No había dicho una palabra en mucho rato, como si no quisiera turbarla.

Al fin, encendió un cigarrillo él también.

—Mañana iré a Cannes —dijo—. ¿Querrás acompañarme?

—¿Ir a Cannes? ¿Para qué?

—Quiero comprar unos gemelos nuevos. A ser posible, parecidos a los que tuve. Y también, una botonadura de perlas.

Madeleine vaciló.

—Siento mucho que eso se perdiera... Por fuerza, ha de ser culpa mía.

—No te preocupes, no pienses más en ello. Claro que si pudieras recordar...

—Lo he intentado cien veces, y no puedo. ¡No puedo!

—Tal vez analizando detalles... Yo creo que eso lo escondiste tú misma, Mad. ¿Dónde te gustaba ocultar las cosas? ¿No puedes recordarlo?

Ella se llevó otra vez la mano a la frente, mientras aquel torbellino de sus pensamientos aumentaba, aumentaba hasta llegar a hacerse vertiginoso.

—Me gustaría ser de otro modo —balbució—. Dios santo, daría cualquier cosa por no ser el trasto inútil que soy ahora... ¿Dónde ocultaba yo las cosas, cuando me interesaba que nadie las encontrase? ¿Es posible que no recuerde ni eso? ¿Dónde pude colocar esa botonadura de perlas y... y...?

Tenía los dedos crispados en el mármol de la repisa de su chimenea. El frío de aquel mármol besaba su piel, penetraba hasta sus huesos. De pronto, los dedos quedaron yertos.

Todo su cuerpo se puso tenso.

Roland, que estaba a su espalda, notó aquello, hizo un gesto de interés.

—Mad, ¿qué te ocurre?

—No sé... Es como... como si...

—¿Recuerdas algo?

—No lo sé...

La expresión de Madeleine Leveque era crispada, dolorosa. Se notaba que intentaba arrancar los recuerdos de sí misma como si arrancara de su cerebro un clavo al rojo.

De pronto, sus labios temblaron.

—Esta chimenea... ¿la habéis encendido alguna vez?

El parpadeó, confuso.

—Pues no... Creo que no. Ahora ya empieza a hacer bastante calor en la Costa Azul. Supongo que no se le ha ocurrido a nadie.

—Por favor, enciéndela.

—¿Qué quieres decir?

—Por favor, enciéndela. Te lo suplico.

—¿Es una broma?...

—¿Por qué ha de serlo? Espera, lo haré yo misma.

Tomó el encendedor gigante que había sobre la repisa, y prendió unas teas. Las llamas prendieron a su vez en los troncos, pero con grandes dificultades. Se notaba que, dentro de poco, el fuego se llegaría a apagar.

—Está cerrado el tiro —dijo Roland.

—Claro... Está cerrado el tiro.

Ella introdujo la mano casi entre las llamas, subiéndola luego hacia arriba. Allí había un pequeño compartimento cerrado por una puertecilla metálica. El mecanismo de abrir o cerrar el tiro estaba tras ella.

Pero también había algo más. Había dos cajas de ébano, que Madeleine retiró con manos temblorosas.

Casi no podía creerlo.

Le parecía como si las viera por primera vez.

Y sin embargo, habían estado en sus manos antes. Habían estado en sus recuerdos, aunque ella no lo supiera. Fue ella misma la que las ocultó, en un tugar tan sencillo, pensando que, precisamente por eso, nadie las encontraría.

Y así había sido.

Nadie dio con ellas... hasta que sus propias manos las sacaron del escondrijo.

Las tendió a Roland.

—Aquí tienen que estar tu botonadura y tus gemelos. Supongo que guardaba todas las joyas juntas. Abre tú.

El hombre, con dedos temblorosos, depositó ambas cajas sobre la mesa. Sus ojos brillaban tanto, que parecían quemar el aire. Abrió las cajas, que por fuera eran de madera preciosa, pero por dentro de metal. Estaban repletas de joyas, unas joyas tan fastuosas, que resultaban, en efecto,

dignas de un museo. Su valor era incalculable, a simple vista. Las tomó ansiosamente, las acarició, y dejó que resbalaran por entre sus dedos como lágrimas de luz.

En efecto, allí había también una lujosa botonadura de perlas auténticas. Y unos valiosos gemelos de oro y brillantes, en los que, sin embargo, no puso apenas atención.

—Gracias —susurró—. Gracias, Mad. No puedes imaginar lo que todo esto significa.

Ella hundió la cabeza. Parecía, de pronto, muy cansada, terriblemente cansada.

—Al menos, he sido útil para algo —balbució—. Al menos, he podido empezar a recordar... ¡Dios mío!

Se llevó ambas manos a la cara. Sentía, de pronto, como si su cerebro hubiera quedado vacío. Y como si aquellas joyas no despidieran más que un brillo condenado y maléfico.

Salió de la habitación, y, desde arriba, miró el vestíbulo.

Vacío, silencioso, hostil.

De repente, aquella casa ya no le parecía la misma en que vivió en otra época; ya no le parecía su casa.

Empezó a descender.

Se movía pesadamente, como un muñeco mecánico cuyo resorte empiezan a fallar.

Los brazos caían sin fuerzas sobre las caderas, sobre el nacimiento de los muslos.

Aquellas escaleras. Las empinadas escaleras que siempre le habían dado la sensación de que sería mortal, una caída por ellas...

No había descendido más que tres peldaños.

La altura todavía era grande; podía ser mortal.

Iba a descender el cuarto peldaño.

Y de pronto, captó aquella respiración agitada a su espalda, aquel aliento que le cosquilleaba en la nuca.

Se volvió en décimas de segundo. Reaccionó en el instante crucial, cuando ya iba a ser demasiado tarde.

La mano que iba a empujarla pasó junto a ella. El que estuvo a punto de caer fue Roland. Necesitó sujetarse.

Sus facciones habían cambiado. Había algo de demencial, de diabólico, en ellas. Toda la amabilidad de que hizo gala los días anteriores, se había esfumado, como si no hubiera existido nunca. Sus ojos brillaban como dos pedazos de fósforo incandescente. En la mueca de su boca se leía el asco y el desprecio; se leía el deseo de matar.

Madeleine se dio ahora cuenta, con horror, de que todo aquello no era más que una diabólica trampa.

Dio un salto. Era lo bastante ágil para poder escapar. Llegó al pie de las

escaleras antes de lo que ella misma hubiera creído, y sin dar un solo traspiés.

Roland la siguió. Respiraba agitadamente. Sus facciones, ahora, estaban lívidas.

Madeleine corrió hacia la puerta.

¡Si lograra alcanzarla! ¡Si consiguiera llegar al exterior, para pedir auxilio!

Tres sombras surgieron entonces en el vestíbulo. Eran tres sombras anchas, siniestras, hostiles. Y sin embargo, resultaban bien conocidas para ella.

Los tres sirvientes formaban como una cadena, cortando su paso.

—Por favor... —gimió, sin fuerzas, Madeleine—. Ayúdenme... Él quiere... Quiere...

Roland masculló, a su espalda:

—Sí, muchachos, eso es. Ayudadla.

El círculo que formaban los tres hombres se hizo más espeso, más compacto.

Y en las manos de los tres brillaron, con fulgor maléfico, las lenguas de tres navajas.

CAPITULO XIV

Madeleine no chilló. No se le ocurrió quejarse, no pidió socorro. Aquello era el fin. Había caído en la trampa, y ya no podría salir de ella. Ahora Roland, si es que se llamaba así, ya tenía lo que tanto anhelaba. Ya tenía las joyas. Podía permitirse el lujo de desprenderse de ella como el que se desprende de una muñeca que en otro tiempo fue bonita y sirvió de adorno, pero que ahora ya empieza a ser demasiado vieja.

La voz volvió a decir a su espalda:

—No, así, no.

—¿Es que no vamos a acabar con ella?

—Tiene que parecer un accidente. Yo había pensado, desde el principio, en esas escaleras.

Uno de los falsos criados masculló:

—¿Por qué?

—Porque cualquier persona puede resbalar por ellas. O porque no es extraño que una mujer, en su situación, decida un mal día suicidarse.

El que había hecho la pregunta rio.

Era fuerte y alto. En su risa palpitaba como una fría sentencia de muerte.

—Entonces, ¿qué hacemos? No querrá dejarla viva...

—No, ahora ya no nos sirve. Hay que acabar con ella. Pero siempre de modo que parezca un accidente.

Madeleine se daba cuenta de que ella ya no contaba para nada, como no cuenta una res, conducida al sacrificio. Simplemente, discutían sobre el mejor método para matarla, pero sin que tuviera la menor posibilidad de salvarse.

Pero, cosa extraña, no sentía miedo.

Sólo una honda pena, una compasión, que le hacía daño y que no la abarcaba solo a ella, sino a rodo el mundo, incluso a sus propios asesinos.

No quería luchar...

Sólo se atrevió a preguntar, con voz casi inaudible:

—¿Por qué todo esto? ¿Quién eres, en realidad?

—¿Quieres saberlo? ¿Sientes esa curiosidad, antes de morir?

—Sólo quiero saber cuál es vuestro plan. Qué clase de macabro juego habéis estado jugando desde el principio conmigo.

Roland se apoyó en el adorno que remataba la barandilla de la escalera. Con una risita malévola susurró:

—¿Tú quién crees que soy, en realidad?

—No lo sé... Dios santo, no lo sé... Mi vida está hecha de recuerdos

aislados, de girones de niebla. No sé nada. Sólo veo visiones fugitivas, cosas sin sentido... como aquel horrible accidente en que vi ahogarse a mi hijo.

—Las cosas que ves en tus recuerdos pueden no tener hilación, pero sí que tienen sentido. Ese accidente ocurrió de verdad. Toda tu crisis, toda tu enfermedad, vienen de entonces. Estuviste a punto de morir. Y es absolutamente cierto que viste ahogarse a tu hijo.

Ella cerró los ojos. Por un momento, había tenido la loca esperanza de que le dijeran que no, que aquello fue un sueño. Pero inclinó la cabeza, y sintió entonces que en ella era más fuerte que nunca el deseo de morir. Que ya no le importaba el que la matasen.

Roland se dio cuenta de aquel sentimiento, porque su confianza aumentó. Dijo suavemente:

—Fue una tormenta súbita, como las que con frecuencia se producen por aquí, cuando sopla el mistral. Murieron tu marido y tu hijo, y tú fuiste sacada del agua, inconsciente y con graves heridas. Los médicos pensaron que no te salvarías.

—¿Cómo sabes eso, si no estabas allí?

—Lo leí en los periódicos. La cosa fue bastante comentada, por lo menos en esta comarca.

Madeleine no contestó.

Seguía teniendo aquella expresión indiferente da mujer a la que no le importa nada en el mundo, ni siquiera morir.

—Tú eras depositaria de unas joyas de valor casi incalculable —siguió diciendo Roland—. Las mismas que ahora tengo arriba.

—Sí.

—Yo conocía algo a tu marido. Había estado en esta casa un par de veces, y estaba enterado de la existencia de los gemelos con las iniciales y de la botonadura de perlas. Al mismo tiempo, estaba seguro de que guardabas aquello con las joyas, de moca que si un día recordabas dónde estaban, recordarías también, automáticamente, dónde se hallaban las alhajas.

Ella tenía la mirada perdida. Dijo secamente:

—Sigue.

—Yo supongo que hubo bastantes personas en Francia que pensaron robarlas —siguió diciendo Roland—, pero lo cierto fue que nadie tomó una decisión... excepto yo. Lo primero que hice fue venir individualmente aquí. Entré a escondidas lo menos cinco noches seguidas. Registré prácticamente toda la casa. Y no di con las alhajas, precisamente por la inocencia con que estaban escondidas.

Avanzó hacia ella, con las manos en los bolsillos, mientras sus tres cómplices cerraban el paso hacia la puerta.

—Entonces, ideé un plan algo más complicado —dijo—. Exigía la

falsificación de unos documentos? la creación de una verdadera banda, parte de la cual te presento ahora, pero creo que valía la pena. Había botín abundante para todos, si conseguía lo que esperaba. También necesitaba falsificar unos documentos.

—¿Los que te acreditaban como Roland Leveque? ¿La tarjeta de identidad y la carta de matrimonio que enseñaste al doctor Fabre?

—Justo. Como mi nombre también es Roland, menos trabajo. Sobre unos documentos originales, hice variar algunos datos esenciales por un experto, imitando la caligrafía del escrito original. Partía de la base de que no iban a ser examinados con demasiado detalle.

—Cierto. El doctor Fabre estaba dispuesto a creer que eran auténticos porque no imaginaba, ni de lejos una confabulación. Era justamente lo que esperabas, ¿no?

Eso es. Y conseguí que te dejara venir conmigo. Él no iba a extrañarse tampoco de que no me reconocieras a mí, tu maridito, porque, al fin y cabo, aún estabas lejos de recuperar la memoria.

Ella se mordió el labio inferior.

Se daba cuenta de lo bien preparado que estaba aquel plan, y de lo imposible que le resultaría salva la piel. Pero no hizo el menor comentario.

El continuó:

—Seguramente te preguntarás cómo había logrado entrar en esta casa. Pues bien, fue lo más sencilla de todo. Fue elemental... Sólo hacía falta un poco de cinismo, y yo lo tuve. Me presenté un día con una verdadera corte de lacayos y con un coche lujoso. Previamente, había conseguido una llave falsa, claro. Elegí la época en que se está bien aquí, para que tú no quisieras ir a otro sitio, pero en la que al mismo tiempo no hay aún turistas ni vecinos. Me instalé como si fuera el dueño. Puedo asegurarte que nadie se dio ni cuenta.

Riendo de nuevo, como si celebrara su propia plan, añadió:

—El resto consistía en tener paciencia. Preguntarte por algunas cosas que te hicieran recordar la joyas. Seguirte a todas partes. Ver sí, a espaldas nuestras, descubrías el escondite.

—Las huellas en la arena, ¿las hiciste tú? ¿Qué perseguías con ello?

Roland pareció sorprendido, por unos momentos. Pero enseguida reaccionó con otra carcajada.

—Las huellas en la arena... ¡Qué tontería! ¿A qué viene recordarlas, ahora? Sabes perfectamente que las causaba el hijo de ese pescador, de ese imbécil de André. Él era el único peligro, un peligro con el que, por cierto, no habíamos contado. Cuando lo vi por aquí, me di cuenta de que él era el único que podrá reconocerme, que podía saber que yo no era Roland Leveque. Entonces fue cuando decidí eliminarle.

La terrible certidumbre, la verdad, que ya sospechaba, acerca de aquel crimen, penetró como un veneno en la sangre de Madeleine.

—De modo que vosotros... Vosotros lo enterrasteis...

—Era una muerte segura y eficaz. Pensamos que ya no aparecería nunca. Luego, no habría más que dejar a la deriva una de sus barcas para que la gente pensara que se había ahogado. Pero el maldito logró sacar una mano... y tú la viste.

La mujer cerró, de pronto, los ojos, con una crispación, como si quisiera evitar la brusca visión que, de pronto, había vuelto a ella. Aquella mano crispada, emergiendo de la arena...

Roland se acercó más a ella. Su aliento le dio en la cara. Madeleine hizo un gesto de repulsión.

—Naturalmente —dijo—, necesitaba darte confianza con una serie de detalles. Tus vestidos, la foto de la repisa de la chimenea...

—Es cierto... Tú estás en ella con el niño, con... con Henry...

—Se trata de una simple composición fotográfica. Dos fotos separadas, reproducidas a una determinada proporción, y vueltas a fotografiar de nuevo, sobre un fondo neutro. Un experto se daría cuenta del truco, pero tú, no. Aunque no había más foto que esa de tu vida pasada, supuse que te bastaría. Y así fue... También hice imprimir un falso recorte de periódico y procuré que tú lo vieras. Hablaba de ti o de una delincuente. ¿Con qué objeto lo hice?

Para que así no avisaras nunca a la policía... aunque llegaras a sospechar algo.

Madeleine le miró.

Por sus ojos pasaba una expresión que no era miedo, sino de repulsión, casi de pena, ante aquella alimaña.

—Ahora has conseguido lo que querías —dijo—. Y va a comenzar el acto final, ¿no?

—Va a comenzar el acto final.

Hizo una seña a sus tres sicarios.

—Eh, vosotros...

Madeleine le interrumpió secamente:

—No hace falta que me toquen. Subiré yo misma la escalera.

—Valiente, ¿eh?

—No, no soy valiente. Al contrario, he sido mi cobarde toda mi vida. Simplemente, soy una mujer que no tiene nada que perder. Una mujer que piensa que no vale la pena seguir viviendo.

Y se dirigió ella misma hacia los empinados peldaños.

Los cuatro hombres la siguieron, ansiosos como buitres, dispuestos a lanzarse sobre su cuerpo.

Sabía muy bien lo que iba a suceder.

Cuando estuviera arriba, la lanzarían; eso era inevitable. Pero, ¿tendría la suerte de morir al primer choque? ¿No haría falta que la lanzaran dos o tres veces? ¿No se convertiría su muerte en una pesadilla inaguantable?

De todos modos, sus rodillas no temblaban cuando subió.

Un peldaño, dos...

No quería gritar, no quería demostrar a aquellas alimañas que el miedo empezaba a hacer presa en ella.

Roland masculló:

—Lástima. Tienes bonitas piernas...

¡Un pensamiento que quizá no tenía sentido pasó entonces por la mente de Madeleine. No estaba segura, pero... ¿no había cinco sirvientes cuando ella llegó a la casa? Uno era la doncella, que debía tener en todo aquello una intervención muy secundaria, y que seguramente había marchado antes de cometerse el crimen que ahora se iba a cometer. Otros tres estaban allí, pero, ¿y el último? ¿No quedaba un sirviente, o sea un compinche más? ¿Dónde estaba?

La mujer se mordió el labio inferior.

Después de todo, ¿por qué pensar en eso? ¿Qué importaba? ¿Qué más daba que la mataran entre tres, entre ocho o entre doce?

Ya estaba en lo alto de las escaleras.

Se volvió. Deseaba ver el sitio por dónde iba a caer. No quería tener miedo de ver su propia muerte.

Era el fin.

Cuatro manos la sujetaban, dos por cada brazo. En este momento terrible, Madeleine solo recordó el nombre de su hijo:

—Henry...

Pero era demasiado tarde para recordar, demasiado tarde para todo.

Roland gritó:

—¡Ahora!...

CAPITULO XVI

Las cuatro manos la empujaron. Ya estaba todo resuelto, ya había llegado el fin. Madeleine tuvo vértigo de la muerte.

Y en aquel momento, sonó el disparo.

Fue un ruido seco, brutal. Uno de los hombre que empujaba a la muchacha, el de la izquierda, se encogió. Una mancha roja apareció en cuestión de segundos sobre su americana, a la altura del corazón. Roland, que estaba a su derecha, lanzó un imprecación.

Acababa de ver aquella figura medio encorvada en una de las puertas. No cabía duda de que era un enemigo implacable, sin vacilaciones. Lo había demostrado al disparar contra el hombre que con más fuerza iba a derribar a Madeleine.

Quedaban otros dos. Uno era el propio Roland el otro, el compinche que no había actuado aún.

Los dos demostraron que tampoco tenían vacilaciones. En sus manos aparecieron pistolas. Una de ellas tenía cargador doble.

Dos balas fueron hacia Jacques, que era el que había aparecido en la puerta.

Pero Jacques era zorro viejo, pese a su juventud. Se había pasado media vida a tiros, en situaciones como aquella. Cuando las balas fueron hacia él, ya no estaba en el mismo sitio.

Una de ellas, sin embargo, le rozó dolorosamente un tobillo. Dio un terrible salto, llegando al centro del vestíbulo.

Disparó desde allí, girando sobre la alfombra.

El cadáver del hombre que había rodado escaleras abajo, le sirvió de parapeto providencial. Dos alas se clavaron en él. De no ser por el muerto, le abrían alcanzado.

Volvió a disparar. Roland sintió un terrible zumbido en las sienes, pese a que la bala le había rozado solamente.

Su compinche trató de huir. Estaba aterrorizado. Chocó contra una de las puertas.

—¡Quédate aquí! ¡Quédate aquí, maldito!

Jacques había saltado hacia uno de los muebles, una pesada mesa, que derribó. Cuando las dos pistolas volvieron a ladrar desde arriba, la madera sirvió de escudo. No hubiera servido para rechazar la bala de un fusil, pero sí desvió los proyectiles le dos pistolas. Estaba en peor situación, puesto que sus enemigos se protegían parcialmente tras la baranda. Además, podían disparar sobre Madeleine, ene había resbalado hasta la mitad, aproximadamente de las escaleras.

Jacques no esperó aquello. Si empleaban a la muchacha como escudo, estaba perdido. Disparó de nuevo.

Estaba claro que esta vez no quería matar. Sólo trataba de que sus enemigos se entregaran. Gritó:

—¡Soltad las armas! Soltadlas, perros!...

No le obedecieron. Era la última jugada, y no querían perderla. Otra bala pasó materialmente entre los cabellos del joven.

Aquella actitud pasiva, la actitud del hombre que sólo quiere rendir a sus enemigos, iba a costarle la vida.

El que estaba junto a Roland lo notó. Notó que no tiraba a matar. Alzó el cuerpo para disparar a placer.

Fue su último gesto.

Si Jacques le dejaba apretar el gatillo, estaba listo. Movi6 el índice con diab6lica rapidez. Su enemigo dio un terrible salto.

Dio una vuelta completa de campana en el aire mientras resbalaba por encima de la baranda. La bala le haba alcanzado en el cerebro. La muerte fue instantánea. Ni llegó a darse cuenta.

Roland, loco de terror, corri6 por el vestíbulo superior, a lo largo de la barandilla, mientras disparaba frenéticamente. Sólo el hecho de ser su cargador doble, le permiti6 tener balas suficientes. Dos de ellas resbalaron por las baldosas, junto a la cara de Jacques.

S6lo el nerviosismo de su enemigo le haba permitido salvarse. Salt6 de nuevo, ahora hacia la escalera.

—¡Quieto!...

Roland no se detuvo. Estaba ya junto a una de las puertas, y gir6 para disparar. Esta vez no lo consigui6.

Ahora Jacques ocupaba una posici6n favorable, tena todas las ventajas. Apret6 el gatillo dos veces con una rapidez fulminante. Y el cuerpo de Roland se estremeci6 dos veces.

El brazo derecho de Jacques descendió a lo largo cuerpo, relajándose. Al final de él, en la mano levemente crispada, la pistola parecía un objeto completamente inútil.

Avanz6 poco a poco, subiendo los peldaños, sin mirar a Madeleine, que lloraba quedamente. Se detuvo ante Roland. Este haba recibido las dos balas el pecho, y ambas eran mortales. Nada se podía hacer por él, excepto desear que encontrara misericordia en el otro mundo.

Haba tres muertos en la casa, sobre la que pesaba un angustioso, un obsesionante silencio.

Ahora el joven descendió.

Madeleine no le miraba; no miraba, en realidad, a ninguna parte. Seguía llorando silenciosamente.

Jacques se sent6 junto a ella, en uno de los peldaños.

—No soy más que una bestia —dijo—. Lo siento... Y lo peor es que no quería matar...

La mujer alz6 los ojos. Los clav6 en él con gratitud y con angustia al

mismo tiempo. Luego, hundió la cabeza entre sus manos otra vez.

—Quizá te ha extrañado que estuviera aquí —musitó él.

—No sé si... si extrañarme de nada.

—Te estaba siguiendo constantemente. No te había perdido de vista ni un momento.

— ¿Por qué? ¿Es que sospechabas algo?

Madeleine hablaba sin fuerzas, con un soplo de voz.

—Entré una tarde en tu dormitorio. Vi que la fotografía que estaba en la repisa de tu chimenea era un trucaje. ¿Un trucaje, por qué? Entonces, la primera sospecha nació en mí. Una multitud de pensamientos me asaltó. No lo comprendía. Estaba aquí para descansar y, sin embargo, vivía como enloquecido. Resolví ir hasta el fin.

—Y entonces, viste aquel muerto, ¿no?

—Exactamente. Mis sospechas se acentuaron ¿Quién podía tener interés en matar al único vecino de esta casa? Alguien que quería no ser reconocida. Eso fue lo primero que pensé. ¿Y dónde estaban los tres o cuatro hombres que hacían falta para cometer aquel crimen? Estaban aquí, justamente aquí fingiendo formar parte de la servidumbre. Ya no tuve ninguna duda. Y tampoco dudé de qué era lo que buscaban.

Madeleine se iba recuperando poco a poco. La angustiada sensación de muerte que la había dominado hasta entonces, desaparecía de ella. Sintió confusamente que Jacques la ayudaba a ponerse en pie.

—Es cierto que llevabas un cadáver aquella noche, ¿verdad? —musitó—. No era un saco de arena, sino el cuerpo de un hombre. Dime la verdad ahora.

Jacques asintió con la cabeza.

—Sí, era un muerto.

—¿Quién?

—El falso criado que seguramente habrás echaos en falta. ¿No te habías dado cuenta de que antes eran cuatro y una muchacha?

—Sí. Pensé en eso, mientras subía las escaleras. Pero me dije que, al fin y al cabo, no tenía importancia.

Los dos descendieron poco a poco. Madeleine necesitaba apoyarse en los fuertes brazos de Jacques para no caer.

La «doncella» ha huido —dijo él—, pero será capturada. No tiene escapatoria, aunque su intervención en todo esto es más bien secundaria. En cambio, el individuo a quién tuve que eliminar era un, verdadero perro rabioso. Quería liquidar al pequeño, porque este podía saber tanto como el propio André.

Todo el cuerpo de Madeleine se irguió.

—¿El pequeño? —dijo con voz tensa.

Él no contestó.

Habían llegado abajo, y abrió la puerta exterior. La luz clara, limpia,

que despedía el sol mediterráneo pareció abalanzarse sobre sus rostros. Ella tuvo que parpadear.

Era como la luz de una nueva vida...

—¿De qué pequeño hablas? —insistió—. ¿Del que vivía con André?

Jacques tampoco contestó.

Descendieron a la playa. Él le señaló la arena..., ¡Y entonces ella vio las huellas! ¡Las pequeñas huellas en la arena!

Se tambaleó. Parecía no creerlo.

Y de pronto, echó a correr como una loca, siguiendo la dirección de las huellas. Sus cabellos flotaban al viento, sus manos temblaban. Corrió no nunca había corrido, igual que una iluminada, igual que si la arrastrase el viento.

Y entonces lo vio. Estaba junto a la que había sido la casa de André. Lo vio cómo lo había visto en sus recuerdos, en sus sueños. Rubio. Con su sonrisa simpática. Con una pala, con la que movía la arena.

Madeleine no avanzó hacia él.

No pudo.

Simplemente, cayó de rodillas, mientras sollozaba:

—Henry...

Aquel nombre era para ella como una oración.

Jacques avanzó poco a poco hacia ella. Se oyó crujir levemente la arena bajo sus pies.

—André lo sacó del agua —dijo—. André lo salvó. No pudo hacer lo mismo con su padre, cuyo cadáver apareció horas después.

Acarició los cabellos del pequeño, que sonrió al verle...

—Quizá te preguntes por qué no devolvió al niño, y por qué no dio parte de que aún vivía —musitó Jacques—. Lo comprenderás si te digo que André lo quería mucho. Pensó que caería en manos de tutores desconocidos, de gentes que administrarían su vida con esa frialdad de la beneficencia pública. Al fin y al cabo, no eres tan rica como parece... Y André se quedó con él. Lo cuidó como un hijo. Eso le costó la vida...

Madeleine, que creía estar soñando aún, preguntó casi sin voz:

—¿Y qué pensó, al verme aparecer?

—Al verte aparecer, pensó dos cosas: una, que tú eras la madre. Dos, que aquel tipo no era tu marido. Como no sabía de qué se trataba, resolvió hacer averiguaciones discretas. Pero no impidió de ningún modo que el pequeño Henry jugara cerca de la casa, y que paseara por ella. Claro que solo después de anochecer, porque no quería que tú te encontraras con él, de repente. No sabía cuál podría ser tu reacción... Ese fue el origen de las huellas en la arena. Ahora ya lo tienes contigo, Madeleine. ¿A qué esperas para abrazarle? La pesadilla ha terminado. Los dos estáis juntos otra vez, Madeleine...

Suspiró, añadiendo:

—Alguna vez quizá venga a visitarle. Aunque no conviene mi compañía, ¿sabes? Sólo soy un bruto. Uno de esos fulanos a los que cualquier día acabarán matando en una esquina... y que seguramente lo merecen.

Hizo un gesto para despedirse de Henry. Y luego echó a andar pesadamente, alejándose.

Era como si acabara de perder algo muy querido. Como si un capítulo distinto de su vida —un capítulo que pudo ser más limpio, más hermoso— acabara de cerrarse para no volver más.

Madeleine le vio marchar.

Las lágrimas empañaban sus ojos. Eran lágrimas donde había felicidad, donde había también dolor porque —al igual que para Jacques— se acababa de cerrar un capítulo de su vida, que pudo ser limpio y hermoso.

Pero, ¿estaba todo perdido? ¿Una mujer no puede rehacer su existencia? ¿No se puede volver a empezar?

Sus labios se entreabrieron para gritar:

—¡Jacques! —gritó—. ¡Vuelve, Jacques! ¡Vuelve!

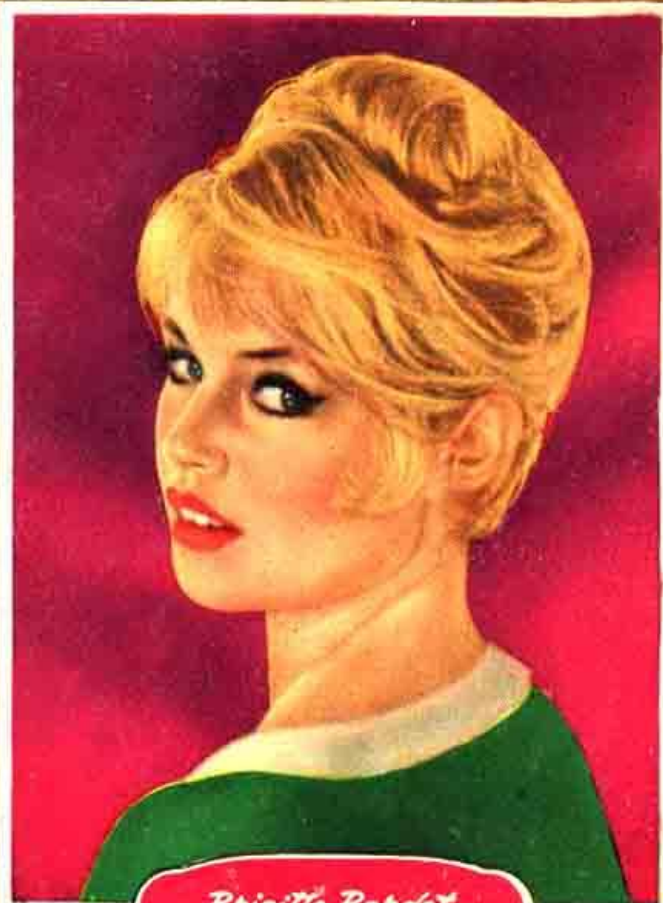
Jacques giró sobre sí mismo. La miró lentamente, intensamente. Y murmuró:

—Más tarde, Madeleine. Tú necesitas hacerte, volver a vivir. ¡Necesitas tantas cosas!... Pero volveré. Te lo prometo.

Y siguió alejándose lentamente.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS



Brigitte Bardot

N.º 1202

La más famosa "estrella" del cine francés, nació en el año 1934 y está casada con Jacques Charrier. En España hemos podido verla en: "Traicionada", "Maniobras del amor", "Un médico en la marina" y "Babette se va a la guerra".



EDITORIAL BRUGUERA S. R. L.

HIPOLITO IRIGOYEN 646 - BUENOS AIRES

Precio en la

Argentina \$ 6,00